

Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona 15 de Noviembre de 1880.

N.º 21.

CREEMOS no habrá uno solo de nuestros lectores que no conozca la benéfica y piadosísima *Obra de la Santa Infancia*, que tan felices y consoladores resultados produce de continuo para el cielo y para la causa de la Religión. Efectivamente causa indecible alegría en todo corazón cristiano ver el considerable número de almas cuya eterna salvación se logra en China y Anam por las limosnas y oraciones de los niños y adultos que se han asociado para procurar el Bautismo y dar la vida de la gracia á los infelices niños de aquellos países idólatras, en los cuales nuestros misioneros lo administran á millares de hijos abandonados y les acogen, mantienen y educan con una abnegación y un heroísmo que á algunos de ellos ha proporcionado ya la corona del martirio.

Segun datos oficiales sólo el Vicariato del Tong-king central han sido *ciento setenta y siete mil seiscientos cuatro* los párvulos hijos de padres infieles que durante seis años, en medio de una persecución sangrienta, debieron la gracia del Bautismo á los encargados de la Santa Infancia. Hubo día de juntarse más de *quinientos* niños á la vez, y también lo hubo de morir más de *setenta*. En el Vicariato del Tong-king oriental fueron bautizados durante un año 36,942, y de éstos tan sólo sobrevivieron 754.

Por efecto del embrutecimiento moral de sus padres, aquellas pobres criaturas son abandonadas en las calles, ó expuestas á la corriente de los ríos, ó arrojadas á los muladares, ó vendidas á vil precio

á los cristianos, que aprovechan tan bárbara codicia para dar á tan desvalidos seres la vida del alma.

Por estas breves indicaciones puede venirse en conocimiento de cuán opimos y abundantes son los frutos que da en China y Anam el árbol hermoso de la Santa Infancia, plantado por misioneros y obispos españoles y regado con sus lágrimas continuas y muchas veces con su misma sangre.

El pequeño óbolo de los niños asociados, el cual no pasa de 3 reales al año, se entrega por la Tesorería del Consejo central de Madrid, presidido por el eminentísimo Cardenal-Arzobispo de Toledo, al reverendo Padre Comisario general de los Dominicos de Filipinas, quien inmediatamente lo remite á los misioneros españoles de la China y del Tong-king.

Nuestra pobre España, siempre tan celosa por sus antiguas glorias y tradiciones, que nos recuerdan cuánto ha contribuido en siglos no muy remotos á extender el imperio de la Fe por las Américas y por el Asia, dista mucho de figurar hoy á la cabeza de las naciones católicas que en su seno han acogido tan santa Institución, y esto debe atribuirse sin duda á que no es suficientemente conocida en nuestros pueblos, y sobre todo en los grandes centros. Por esto la recomendamos encarecidamente á todos los padres católicos para que hagan ingresar en ella á sus niños; á todos los que poseen bienes de fortuna para que la protejan con sus limosnas, con las que se harán acreedores á grandes méritos; y en espe-



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Idolo Igbedji. (Pág. 486).

cial á los reverendos Párrocos para que la den á conocer á sus feligreses.

Para todo lo referente á dicha Asociacion, dirigirse al Rdo. D. Pablo Lafuente, Pbro., secretario general de la misma en Madrid.

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEON XIII A TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL MUNDO CATÓLICO QUE SE HALLAN EN GRACIA Y COMUNION CON LA SEDE APOSTÓLICA.

Venerables Hermanos: salud y bendicion apostólica.

La gran mision de propagar el nombre cristiano, confiada particularmente al bienaventurado Pedro, principe de los Apóstoles, y á sus sucesores, impulsó á los Romanos Pontífices á enviar en diferentes tiempos á las diversas naciones del mundo anunciadores del santo Evangelio, á medida que lo reclamaban las circunstancias y las inspiraciones del Dios misericordioso. En su virtud, así como delegaron para la direccion de las almas un Agustin á los ingleses, un Patricio á los irlandeses, un Bonifacio á los germanos, un Villebrordo á los frisios, bátavos y belgas, y otros frecuentemente cerca de otros pueblos, facultaron á Cirilo y á Metodio, hombres santísimos, para que desempeñaran el ministerio apostólico cerca de los pueblos eslavos, los cuales, por la solicitud y por las fatigas de aquellos conocieron la luz del Evangelio, pasando de la vida agreste á la sociedad humana y culta.

Si la fama, fiel al recuerdo de sus beneficios, nunca ha dejado de celebrar en todo el país eslavo á Cirilo y Metodio, apóstoles nobilísimos, con no menor estudio la Iglesia Romana les tributó siempre gran veneracion, enalteciendo al uno y al otro en muchas ocasiones mientras vivieron, y custodiando las cenizas de uno de los dos despues que pasó á la otra vida. Desde 1863, á los esclavos de la Bohemia, Moravia y Croacia que solian festejar todos los años en 9 de Mayo á Cirilo y á Metodio, les permitió la benignidad de Pio IX, nuestro antecesor de inmortal memoria, celebrar en adelante dicha fiesta en 5 de Julio, honrando la memoria de Cirilo y Metodio con oficio sagrado. Poco despues, en la época del gran Concilio Vaticano, muchos obispos suplicaron á esta Sede Apostólica que el culto de aquellos Santos y la decretada solemnidad se extendiesen á toda la Iglesia. No habiéndose hecho más hasta hoy, y habiéndose mudado, por las vicisitudes de los tiempos, la situacion de aquellas comarcas, nos pareció llegada la oportunidad de favorecer á los pueblos eslavos, cuya incolumidad y salvacion nos interesan grandemente. En su virtud, no podemos permitir que les falte nuestra caridad paterna en cosa alguna, deseando extender ámpliamente y aumentar el culto religioso de aquellos hombres santísimos, que así como antes, esparciendo la semilla de la fe católica entre los esclavos, los llevaron de la muerte á la salud, ahora los defenderán válidamente con su patrocinio celestial.

Cirilo y Metodio, hermanos carnales, nacieron en Tesalónica, de familia principal, y marcharon á Constantinopla en temprana edad, á fin de aprender las ciencias humanas en la primera ciudad de Oriente. Poco tiempo estuvo escondida la luz del ingenio, que ya entonces resplandecía en aquellos dos jóvenes, porque uno y otro prontamente aprendieron mucho; sobre todo Cirilo logró alabanza tal en las ciencias, que por honor singular le llamaron *filósofo*. Al cabo de mucho tiempo Metodio se hizo monje. A Cirilo despues, por consejo del Patriarca Ignacio, juzgóle digno la emperatriz Teodora de ser llamado para el oficio de instruir en la fe cristiana á los cazares, que habitaban al otro lado del Quersoneso, y que habian pedido á Constantinopla ministros idóneos en la doctrina y en las cosas sagradas. Aceptó de buen grado aquel oficio. En su virtud, habiendo ido á Quersona entre los tártaros, estudió algún tiempo, segun afirman varios, la lengua del país; y entonces logró, siendo presagio excelente, descubrir los restos de san Clemente I, Papa mártir, que no le fué difícil reconocer, tanto por la fama antigua, como por el áncora con que aquel mártir fortísimo fué arrojado al mar por orden del emperador Trajano, enterándosele con ella. Enriquecido con este tesoro preciosísimo, penetró en las ciudades y en los países de los cazares; instruidos por sus preceptos y excitados por la gracia de Dios, destruidas sus múltiples supersticiones, les condujo á Jesucristo. Optimamente constituida la nueva comunidad cristiana, dió un ejemplo memorable de continencia y de caridad, rehusando todos los dones que le ofrecian los indígenas, menos la manumision de los esclavos que profesaban el

Cristianismo. Volvióse despues Cirilo á Constantinopla y se metió en el monasterio de Policrone, donde se habia retirado Metodio.

Entre tanto la fama hizo saber á Ratislao, príncipe de Moravia, las cosas felizmente realizadas por él entre los cazares; y excitado por su ejemplo, pidió al emperador Miguel III que mandase de Constantinopla algunos obreros evangélicos, obteniendo sin dificultad lo que deseaba. La virtud de Cirilo y Metodio, ennoblecida por tantos hechos, así como su manifiesta voluntad de favorecer al prójimo, hicieron que fueran designados para la Mision de Moravia. Mientras viajaban por Bulgaria, iniciada ya en la fe católica, aprovecharon en todos los lugares la oportunidad para extender la Religion. En los confines del Principado salió á su encuentro multitud de pueblo, siendo recibidos con la mejor buena voluntad é intenso júbilo. Sin perder momento, pusieron á enseñarles la doctrina cristiana y á confortarles con la esperanza de los bienes celestiales, con eficacia tanta y con celo tan laborioso, que en poco tiempo la nacion morava dió espontáneamente á Jesucristo.

Mucho contribuyó á estos resultados el conocimiento del idioma eslavo que aprendiera Cirilo antes, sirviendo tambien no poco los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, que habia traducido en la lengua de aquel pueblo. En su virtud, toda la nacion eslava debe muchísimo á este hombre, del cual recibió, no sólo el beneficio de la fe cristiana, sino el de la civilizacion, porque Cirilo y Metodio fueron los inventores del alfabeto con que la lengua eslava se representa y expresa, por lo cual se les dice, no sin razon, padres de la misma.

La fama habia llevado tambien á Roma, desde tan distantes y aisladas provincias, el feliz anuncio de tales hechos. Habiendo el soberano pontífice Nicolás I mandado á los santos hermanos que fueran á Roma, obedecieron sin tardanza, llevando consigo las reliquias de san Clemente. Al saber esto Adriano II, que habia sucedido al Papa Nicolás, acompañado por el clero y el pueblo, y con el aparato de una recepcion solemne salió al eucuentro de los ilustres huéspedes. El cuerpo de san Clemente, glorificado por estupendos prodigios, fué llevado con gran pompa á la basilica levantada en tiempo de Constantino sobre las ruinas de la casa paterna del Mártir invicto. Despues Cirilo y Metodio dieron cuenta al Soberano Pontífice, delante del clero, de la mision apostólica á que tan laboriosa y santamente habianse consagrado. Y como se les manifestara haber obrado contra la costumbre de los antiguos y contra reglas santísimas, empleando la lengua eslava en los oficios sagrados, expusieron razones tan justas y concluyentes, que el Pontífice y todo el clero les alabaron y dieron su aprobacion. Entonces los dos, hecha segun la fórmula católica la profesion de fe, despues de jurar que permanecerian fieles al bienaventurado Pedro y á los Pontífices Romanos, fueron creados y consagrados obispos por el mismo Adriano, siendo muchos de sus discípulos iniciados en las diferentes Órdenes sagradas.

Empero, habia determinado Dios que Cirilo terminara el curso de su vida en Roma en 14 de Febrero de 869, maduro en la virtud más que en los años. Hicieronsele funerales públicos con el magnífico aparato que se usa para los Pontífices Romanos, y con todos los honores fué colocado en el sepulcro que Adriano habia hecho construir para sí mismo. El sagrado cuerpo del difunto, que el pueblo romano no permitió se transportase á Constantinopla, á pesar de los deseos de una madre desolada, fué conducido á San Clemente y sepultado cerca de sus cenizas, que Cirilo habia custodiado con veneracion muchos años. Mientras era llevado por la ciudad, entre el solemne canto de los Salmos, con pompa más de triunfo que de funeral, pareció que el pueblo romano queria tributar al hombre santísimo las primicias de los honores celestiales.

Metodio, por orden y bajo los auspicios del Soberano Pontífice, volvió como obispo á Moravia para ejercer allí su ministerio apostólico. En aquel país, *factus forma gregis ex animo*, se consagró por completo á los intereses católicos, aumentando cada día su celo; resistió enérgicamente á los novadores á fin de que con insanas opiniones no desdorarán el nombre católico; instruyó en la Religion al príncipe Swentopolk, que habia sustituido á Ratislao, y le amonestó por faltar á su deber, castigándole al fin con la interdiccion de todo lo sagrado. En su virtud se atrajo la malevolencia del cruel é impúdico tirano, que le desterró; pero llamado poco despues, logró con oportunas exhortaciones que diera el Príncipe pruebas de mejor disposicion de ánimo, y que comprendiera la necesidad de adquirir otra vez su antigua amistad con nuevo género de vida. Es maravilloso que la vigilante caridad de Metodio, traspassados los límites de la Moravia, así como cuando aún vivia Cirilo habia llegado á los croatas y á los servios, abrazase ahora tambien á los húngaros, á cuyo príncipe llamado Cocelo atrajo á la religion católica y retuvo en su deber; á los búlgaros, á

quienes confirmó en la fe cristiana, con su príncipe Boris; á los dálmatas, á los cuales repartía y administraba los santos dones; y á los carinzos, por los que trabajó mucho para conducirlos al conocimiento y al culto del único Dios verdadero.

Esto le proporcionó angustias, porque alguno de la nueva comunidad cristiana, envidioso de los hechos preclaros y de la virtud de Metodio, le acusó, á pesar de su inocencia, á Juan VIII, sucesor de Adriano, de fe sospechosa y de haber violado las tradiciones de los mayores, los cuales en las sagradas funciones se sirvieron sólo de la lengua latina ó griega. Entonces el Pontífice, celosísimo de la integridad de la fe y de la antigua disciplina, mandó á Metodio que fué á Roma para que se defendiese y sincerase de tal acusación.

Siempre dispuesto á obedecer y apoyado en el testimonio de su conciencia, se presentó en el año 880 á Juan, á varios obispos y al clero, consiguiendo fácil victoria y probando que siempre había guardado y enseñado fielmente la fe que en presencia de Adriano y con su aprobación había manifestado y con juramento confirmado cerca del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles; y que si para las sagradas funciones se había servido de la lengua eslava, fué por justos motivos con el consentimiento del propio Pontífice Adriano, no impidiéndolo las Sagradas Escrituras. Con cuyas palabras se justificó tan bien de todos los cargos que incontinenti el Papa le abrazó, declarando con gusto aprobada su potestad archiepiscopal y su misión entre los eslavos. Además, designados algunos obispos que deberían depender de Metodio y de cuya cooperación debería servir en la cristiana administración, le recomendó en cartas las más honoríficas, volviéndole á enviar á Moravia. Todo lo cual quiso el Papa confirmar despues con cartas remitidas á Metodio, cuando nuevamente debió sufrir la envidia de los malévolos. En su virtud, tranquilizado su ánimo, unido con estrecho vínculo de caridad y de fe al Soberano Pontífice y á la Iglesia Romana, perseveró siempre con mayor vigilancia en llenar el oficio que se le confiara, sin que se debiera esperar muchísimo el fruto egregio de sus obras. Habiendo primeramente traído á la fe católica á Borzivoio, príncipe de los bohemios, y despues á Ludmilla, su esposa, logró en breve que se difundiera mucho y con amplitud el nombre cristiano en el país. Además en aquel tiempo procuró introducir la luz del Evangelio en Polonia; y no bien hubo penetrado en la Galitzia, fundó la Sede episcopal de Leópolis. Despues, dirigiéndose á la Moscovia propiamente dicha, estableció la Sede episcopal de Kiew, y con estos laureles imperecederos volvió á Moravia entre los suyos. Conociendo que se acercaba su fin, designó su propio sucesor, y habiendo exhortado á la virtud en sus últimas amonestaciones al clero y al pueblo, abandonó en paz esta vida, que para él había sido senda del cielo. Así como Roma lloró á Cirilo, Moravia lloró á Metodio y honró de todas maneras sus funerales.

Alégranos, venerables Hermanos, recordar tales sucesos, y experimentamos gran emoción al ver espléndidamente iniciada en tiempos remotísimos la unión de los pueblos eslavos con la Iglesia Romana.

Dichos dos propagadores del nombre cristiano, como sucedió en otras ocasiones, desde Constantinopla fueron á los pueblos idólatras, mas necesitaron que se les impusiera del todo, ó se aprobara regular y santamente su misión por esta Sede, centro de la unidad católica. Realmente aquí, en la ciudad de Roma, dieron cuenta de su misión y contestaron á sus acusadores; aquí, cerca del sepulcro de Pedro y Pablo, juraron guardar la fe católica y recibieron la consagración episcopal, juntamente con el poder de constituir la jerarquía sagrada, conservando la diversidad de Órdenes. Finalmente, aquí se pidió permiso para usar la lengua eslava en los santísimos ritos, cumpliéndose diez siglos en este año desde que el papa Juan VIII escribió á Swen-topolk, príncipe de Moravia, lo siguiente: «Aprobamos merecidamente que resuenen las alabanzas debidas á Dios en la lengua eslava, y disponemos que en la misma se cuenten los dichos y hechos de Jesucristo Nuestro Señor. Nada se opone á la sana fe ó á la doctrina que se canten Misas en la propia lengua, ni que se lea el santo Evangelio ó las lecciones divinas del Antiguo y Nuevo Testamento, bien introducidas é interpretadas, ni que se canten las demás Horas del Oficio.» Cuya costumbre, despues de muchas vicisitudes, sancionó Benedicto XIV con sus Letras apostólicas del 25 de Agosto de 1754. Despues los Pontífices Romanos, siempre que les rogaron los jefes de los pueblos convertidos al Cristianismo por obra de Cirilo y Metodio, nunca dejaron que desear en punto á dulzura en los auxilios, á humanidad en las enseñanzas, á benevolencia en los consejos, y á eximia voluntad en las cosas que á su alcance estuvieron. Entre otros, Ratislao, Swen-topolk, Cocelo, santa Ludmilla y Bogoris, experimentaron la insigne caridad de nuestros predecesores, segun los tiempos y circunstancias.

La paternal solicitud de los Pontífices Romanos hacia los pueblos

eslavos no cesó ni se debilitó por la muerte de Cirilo y Metodio. Siempre brilló, protegiendo allí la santidad de la religión y conservando la pública prosperidad. Realmente Nicolás envió á los búlgaros desde Roma sacerdotes para que instruyeran al pueblo, así como á los obispos populense y portuense á fin de que ordenaran la nueva sociedad de cristianos; asimismo sobre las frecuentes controversias de los búlgaros relativas al derecho sagrado, dió amorosísimas respuestas, en las cuales, áun los que por ningun concepto son favorables á la Iglesia romana, ensalzan y admiran la mayor prudencia. Despues de la luctuosa calamidad del cisma débese á Inocencio III haber reconciliado á los búlgaros con la Iglesia católica; así como á Gregorio IX, á Inocencio IV, á Nicolás IV y á Eugenio IV haberlos retenido en la gracia nuevamente conseguida. Con los bosniacos y herzegovinos, engañados por el contagio de opiniones perversas, resplandeció igualmente de modo insigne la caridad de nuestros predecesores Inocencio III é Inocencio IV, que procuraron desarraigar el error de los ánimos, no menos que la de Gregorio IX, Clemente VI y Pio II, que hicieron lo posible por afirmar sólidamente los grados de la sagrada jerarquía en aquellas regiones. Inocencio III, Nicolás IV, Benedicto XI y Clemente V no dedicaron frecuentemente la más pequeña ni la última parte de sus cuidados en favor de los servios, á los cuales con gran previsión mantuvieron distantes de los fraudes astutamente combinados allí para destruir la Religión. Los dálmatas y los croatas, por su constancia en la fe y por sus buenos servicios, merecieron de Juan X, de Gregorio VII, de Gregorio IX y de Urbano IV singular favor y dignas frases de alabanza. Por fin en la misma Iglesia sermiense, destruida en el siglo VI por las invasiones de los bárbaros, y restaurada más tarde con amorosa piedad por san Estéban I, rey de Hungría, existen muchos monumentos de la benevolencia de Gregorio IX y de Clemente XIV. En su virtud parécenos que debemos rendir gracias á Dios que nos ha ofrecido favorable ocasión de hacer una cosa grata á los eslavos y servir de utilidad á los mismos, con no menor solicitud que la demostrada por nuestros predecesores en todas las épocas. No nos proponemos otro fin y deseamos únicamente hacer lo posible para que todos los eslavos sean instruidos por mayor número de obispos y de sacerdotes, para que se confirmen en la profesión de la verdadera fe y en la obediencia á la verdadera Iglesia de Jesucristo, conociendo cada vez más por experiencia qué riqueza de bienes proporcionan las instituciones de la Iglesia católica á la sociedad doméstica y á todas las clases del país.

Piden aquellas iglesias gran parte de nuestros cuidados, y nada deseamos tan ardientemente como proveer á su armonía y prosperidad, no menos que unir las á Nos con el lazo perpétuo de la concordia, que es el mayor y el mejor vínculo de incolunidades. Resta sólo que Dios, *rico en todas las misericordias*, favorezca nuestros propósitos y secunde nuestra empresa. Entre tanto invoquemos como intercesores cerca de Él á Cirilo y Metodio, maestros de la Eslavonia, cuyo patrocinio celeste confiamos no nos faltará, pues queremos extender su culto.

En su virtud, ordenamos que en el quinto día del mes de Julio, fijado por Pio IX, de feliz memoria, en el calendario de la Iglesia Romana y universal, se ponga y se celebre todos los años la fiesta de los santos Cirilo y Metodio con Oficio y Misa propia; de rito doble menor, segun fueron aprobados por la Sagrada Congregación de Ritos.

A todos, venerables Hermanos, ordenamos que procureis la publicación de estas nuestras Letras y dispongais que las cosas en ellas prescritas se cumplan por todos los pertenecientes al Orden sagrado, que celebran el oficio divino de la Iglesia Romana en sus propias iglesias, provincias, ciudades, diócesis y casas de Regulares. Queremos en fin que por vuestras exhortaciones y excitaciones se ruegue á Cirilo y á Metodio en el mundo entero, para que con el favor de que gozan cerca de Dios protejan en todo el Oriente los intereses cristianos é imploren para los católicos constancia, y para los disidentes el propósito de reconciliarse con la Iglesia verdadera.

Mandamos que dichas cosas, segun arriba se escribieron, sean ratificadas y confirmadas, no obstante las Constituciones apostólicas del Pontífice Pio V, nuestro predecesor, y de otros sobre la reforma del Breviario y del Misal romano, no obstante los usos y costumbres, áun inmemoriales, y no obstante todo lo demás en contrario.

En prenda de los dones celestiales y de nuestra particular benevolencia, á vosotros todos, venerables Hermanos, á todo el clero y pueblo y á cada uno de los que dependen de vosotros, concedemos con sumo afecto en el Señor la bendición apostólica.

Dada en Roma, en San Pedro, el 30 de Setiembre del año 1880, tercero de nuestro pontificado,

LEON XIII, Papa.

MANDCHURIA.

El Ilmo. Dubail, obispo de Bolina y vicario apostólico de Mandchuria, escribe desde Ing-tse, el 4 de Agosto de 1880, al Rdo. Armbruster, director del Seminario de las Misiones extranjeras :

Os he dado ya diversos detalles sobre el floreciente estado de los distritos del Norte que pude visitar durante el pasado invierno. En Achehen, en Pa-ien-su-su y en Hu-lan tuve el gozo de ver salir en masa á recibirme los neófitos y los catecúmenos, expresándome su dicha por pertenecer á nuestra santa Religión. Era á principios de Enero y hacia un frío intensísimo, pero todos aquellos semblantes brillaban de gozo en mi presencia, y en especial los recién bautizados parecían llevar en su fisonomía el reflejo de la gracia divina. He tenido el consuelo de reunirme con mis compañeros de Misión para dar gracias al Divino Maestro por las bendiciones que se ha dignado derramar sobre estos tres distritos.

A mi último paso por Hu-lan el primer mandarin, teniente coronel de la plaza, hizome una distinguida é inesperada recepcion. Este su proceder era demasiado extraordinario para que fuese sincero, y por otra parte el demonio, ante los progresos de nuestra santa Religión, no podia quedarse ocioso.

Sólo les faltaba á nuestros mandarines ocasion favorable para levantar la cabeza, y presentóseles en Marzo último cuando comenzaron á circular rumores de próxima guerra entre Rusia y China, exagerados con afectacion y mala fe, primero por los pretorianos y despues por la plebe. Segun aquellos rumores, los misioneros y los cristianos de estas tres provincias debian todos ser asesinados como traidores al Imperio. Efectivamente, con el fin de intimidar á nuestros cristianos, afectábase confundir nuestra causa con la de los rusos, y por desgracia esta invencion motivada por el odio ha causado mucha mella en los ánimos.

¿Cómo expresar cuánto nos ha costado tranquilizar á

nuestros fieles? Para averiguar la certeza del hecho multitud de ellos han emprendido largos viajes hasta el puerto de Ing-tse, y algunos catecúmenos, de fe débil todavía, han cedido al temor y renunciado al bautismo. Los mandarines, por otra parte, han creído llegada la ocasion de añadir obras á las palabras de intimidacion salidas de sus tribunales, y el de Hu-lan, el mismo que en el mes de Enero me habia festejado, acaba de arrojar la máscara haciendo decapitar á un cristiano del todo inocente.

Este cristiano, de oficio albéitar, trabajaba en casa de un individuo acusado de latrocinio. Cuando los satélites se presentaron para prenderle, el obrero, enteramente ajeno á la cuestion, fué detenido al mismo tiempo á pesar de sus protestas

y de la excelente reputacion de que gozaba. Pronto se supo en el tribunal que era cristiano, y desde entonces su pérdida fué segura. En casos semejantes el procedimiento es tan inicuo como breve: á falta de testigos y de pruebas en que fundar la culpabilidad, hay los instrumentos de suplicio por medio de los que arrancan á las infelices víctimas, aunque no sea más que á medias, alguna palabra que pueda comprometerles, y entonces se declara el proceso suficientemente instruido.

Por este medio Tchou - kuang-lu (nombre de dicho cristiano) fué puesto en tortura seis veces hasta quedar sin sentido cada vez. La sumaria que motivaba la sentencia fué forjada acto continuo, y la víctima de-

capitada en Hu-lan el 30 de Junio último.

Un mes y medio despues de este asesinato oficial ocurrían en el tribunal del mandarin teniente-coronel de Achehen sucesos no menos graves y significativos. Ese mandarin, que no puede sufrir que sus administrados se llamen cristianos, viendo con despecho que los neófitos de las cercanías, bautizados por el Rdo. Aulagne, guardaban la ley divina sin dejar de ser buenos ciudadanos, mandó ante todo prender seis de aquellos católicos en los pueblos de Hai-koan y de Ta-ka-ha, inculpándoles de alta traicion; todo porque habian declarado que en conciencia no podian contribuir con su dinero á la construccion de una pagoda.



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Bosquecillo sagrado. (Pág. 486).

Sus respuestas á los perseguidores sirvieron solamente para que éstos obraran con refinada crueldad: 80 azotes hicieron saltar en pedazos la carne de los pacientes; otros 40 golpes les rompieron los dientes; su sangre corrió con abundancia, mientras las más obscenas injurias proferidas por el mandarin revelaban á la multitud que en lo sucesivo los extranjeros y cuantos mantienen relaciones con ellos serían considerados, los primeros como un objeto de horror, y los segundos como traidores á la causa del Imperio.

A pesar de tan bárbaro tratamiento y de nuevas amenazas, aquellos cristianos se han mantenido firmes ante el tirano, declarándose empero dispuestos á obedecer al mandarin en todo lo que no sea practicar un acto supersticioso, ó contribuir á él directamente.

Uno de ellos sobre todo, Juan Bautista Uang, de treinta y dos años de edad, hizo admirar por su constancia y su fe ante los verdugos, y los tormentos que han proporcionado la gloria del martirio, abriéndose la puerta del paraíso á ese animoso soldado de Jesucristo el día 14 de Junio último. Después de ocho días pasados en un horrible calabozo, viendo en peligro la vida del valiente cristiano, el mandarin, inquieto por las consecuencias de su barbarie, permitió trasladar al prisionero á un sitio menos incómodo. El moribundo pudo ver otra vez á su mujer y á su hijo único de ocho años, y tuvo tiempo para hacer su testamento espiritual, que arrancó lágrimas á todos los concurrentes: «He hablado muy poco ante el mandarin, dijo: verdad es que no tenía más que responder *si* ó *no*. Cuando queria forzarme á ejecutar algo que me condujese á la apostasía, decíale siempre *no*, y así debeis vosotros hacerlo en todo caso. Tú, sobre todo, hijo mio, no olvides mis postreras palabras, porque voy á Dios, y tú sabes muy bien que la vida presente nada es en comparacion de la celeste bienaventuranza.»

Efectivamente, Juan Bautista habia sido muy parco en palabras respondiendo al mandarin. La protesta fué siempre la misma, y mientras los golpes de bambú en-

sangrentaban su cuerpo, su lengua no cesaba de orar. Notó el mandarin el movimiento de sus labios, y cuando se hubo cerciorado de que realmente oraba, entró en tal furor que mandó herir de nuevo el rostro del paciente. A los 40 golpes continuaba rezando todavía, pero al fin cayó sin sentido. Pero Nuestro Señor velaba por su fiel discípulo, y no permitió que espirase en manos del verdugo.

Prevenido á tiempo el Rdo. Aulagne y enternecido hasta derramar lágrimas al saber lo que acababa de pasar, pudo acudir al lado del mártir y administrarle el Pan de los fuertes. «Nunca habia presenciado, me escribe, una escena más conmovedora. Este cristiano, bautizado hacia no más que dos años, ha muerto como un predestinado. Sus últimas palabras rebosaban de amor á Jesucristo, repitiendo á menudo que perdonaba de corazón á sus verdugos. Ninguno de los que han tenido la dicha de oír esa voz espirante olvidará cuán dulce es la muerte del justo.»

Mi dolor es por cierto muy grande cuando veo esta porción tan interesante del rebaño confiada á mi guarda expuesto á los furiosos ataques de los enemigos del nombre cristiano; pero templa mis tristezas el consuelo que me causa el glorioso fin de ese héroe. Dios sin duda ha querido dar á Mandchuria un protector más, y á nuestros numerosos neófitos un ejemplo de firmeza.

Juan Bautista era un varon recto y justo que gozaba de general estimacion. Abrazó el cristianismo con alegría y conviccion apenas hubo conocido la verdad del Evangelio. Dios le habia escogido el primero de su pueblo, y nunca el nuevo convertido ha dejado escapar ocasion de predicar á los demás la doctrina que todos los días estudiaba con ardor. Aunque de escasa instruccion, sabia dar á su conversacion cierto encanto, y la gracia divina la hacia comunmente persuasiva. Gracias á él, recibieron el beneficio de la fe muchos de sus vecinos. Esto le regocijaba, y tomaba á pechos formar á su hijo en este apostolado de la palabra. En el mes de Enero último quedé encantado al oír desarrollar á ese niño de ocho años los argumentos que exponia, segun dijo, á



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Gelede, máscara fetiche. (Pág. 486).

los adultos idólatras de la vecindad: Existencia de Dios, perfecciones divinas, creacion, pecado, justificacion, penas y recompensas eternas, etc.; en una palabra, el repertorio era magnífico, y añadía mi pequeño catequista que á su parecer nadie podría refutarle, porque la verdad estaba de su parte. Es por demás decir que yo participaba de la opinion del jovencito orador, al mismo tiempo que admiraba su dicha de tener tal padre, y la alegría del padre de tener tal hijo. La escena terminó dando á eleccion suya y como estímulo una recompensa á aquel amigo del Niño Jesús; pero no quiso dejarme sin hacerme la declaracion de que, aunque debiese costarle la cabeza, jamás apostataria de la Religion.

¡Pobre hijo mio! ¡cuán léjos estaba entonces de sospechar que tan pronto debia presentarse á su padre ocasion de confesar la fe en medio de los suplicios! ¡Haced, Dios mio, que sea durante toda su vida digno huérfano de un mártir!

COSTA DE LOS ESCLAVOS.

VII.

IDOLOS Y FETICHES.

I. *Igbedji* (gemelos).—Las mujeres que dan á luz gemelos muertos hacen fabricar una estatua de doble faz y de una sola pieza, semejante á la que representa nuestro primer grabado. Colócanla en un rincon de su casa y ofréncenle dos gallinas, bananas y aceite de palma para obtener los favores que desean y sobre todo el conocimiento de lo futuro.

II. *Bosquecillo sagrado*.—Si cada pueblo tiene sus dioses tutelares y sus templos, cada particular tiene tambien sus deidades domésticas, sus gris-gris y sus lugares de devocion. El extranjerio no puede dar un paso en el Dahomey ó mejor en toda la Costa de los Esclavos sin tropezar con signos idolátricos, en lo cual sigue cada uno su propia inspiracion.

Quién considera como lugar sagrado la extremidad de un campo á la encrucijada de dos caminos, quién un soto, un árbol aislado, un nido; y para todos es necesaria en el sitio escogido la sombra de algunos árboles, ó al menos de un arbolillo.

Nuestro grabado de la pág. 484 representa uno de esos oratorios al aire libre, en donde la supersticion de un negro ha acumulado todos los objetos que segun él deben alcanzarle la proteccion de los genios.

Inmediato á la palmera hay un *gbo*, especie de Baco ó de Priapo, llamado tambien *elegba* (demonio) por los negros, que bajo aquel símbolo adoran al espíritu del mal.

Al lado hay una cabeza de ave fajada como una momia, y es otro símbolo enamorado de Priapo: cuanto más fea y disforme es la cabeza, más ajustan los dos. Igual importancia puede tener la cabeza de un mono ó de cualquier animal salvaje.

Refiere un misionero que en una de sus excursiones encontró uno de esos bosquecillos fetiches adornado de un círculo de quijadas de caimanes alineadas al rededor de una gruesa estaca puntiaguda y pintorreada de diversos colores. Imposible seria enumerar y describir todos los ridiculos objetos que componen esos lugares tan respetados y venerados por los infelices indígenas.

Cerca del *gbo* se ve tambien un *paloka* ú horquilla de que se sirven los fetichistas para tener inmóvil la cabeza de la víctima cuando la han tendido en tierra; un palo corto que emplean para aporrear á la víctima; una vasija fetiche colocada cerca del ídolo para que beba cuando tenga sed; pequeños platos para ofrecer harina de maíz, aceite de palma, etc.; símbolos de dioses diferentes del *gbo*, uno de los cuales, de forma espiral, es imagen macho de la serpiente, y otro en forma de campanilla su imagen hembra. No es aquella la imagen de toda clase de serpientes, sino solamente de la de las lagunas, llamada *ere* por los negros nagos. El arco iris, que en lengua dahomeyana se llama *eduedo* y en nago *osumare*, es mirado como una serpiente salida de la laguna para subir al cielo. Los demás objetos que allí se ven son una campanilla sagrada, *aja* en nago, la cual agitan los fetichistas para llamar al ídolo cuando van á ofrecerle algun sacrificio; un palo de hierro con cuatro apéndices arqueados representando á *Osu*, fetiche compañero de *Ifa*, dios del porvenir, cuyo sacerdote, para descifrar éste, pone al primer ídolo en frente del segundo; y en fin una cobertera colocada sobre los vasos que contienen las ofrendas hechas á la serpiente *Dangbé*.

III. *Máscara fetiche*.—Encuétrase en los bosquecillos fetiches, y llámanla *geledé*. Cada año despues de la cosecha consultan á *Ifa* para saber qué sacrificio será más agradable al *geledé*. Una ciudad del interior posee un gran *geledé* muy célebre. Es un enorme busto de hombre hecho de madera y hueco, que el fetichista se viste como una coraza. Al rededor del tronco hay cuatro muñecos de carton que figuran los hijos del *geledé*. El fetichista los agita por medio de un alambre, y el *geledé* grita: «Mis hijos os saludan.» Los demás fetichistas, cubiertos con simples *geledés*, lanzan *burras*.

IV. *El adjiralaizin ó chugudu*.—Este fetiche secundario, llamado del primer modo en dahomeyano, y del segundo en nago, es la morada de un genio que se envía léjos con un fin de curiosidad ó de venganza. Cada nuevo rey destruye los *chugudus* de su predecesor y se fabrica otros. Los *salamas* (barrios) tienen sus *chugudus*, y tambien los particulares pueden tener los suyos.

El rey, para fabricar sus *chugudus*, compra esclavos ó bien manda coger á los infelices que la enfermedad ó la vejez vuelve inútiles, y á veces tambien hace detener durante la noche al primero que viene á mano. La víctima es al punto amordazada y maniatada, y si es de dia se espera la noche para conducirla al lugar designado. Los esclavos del rey abren una fosa bastante profunda, á la cual echan algunas hojas de árbol. El fetichista ata fuertemente las piernas de la víctima, la cual bajan á la hoya de modo que la cabeza y los brazos pasen del nivel del suelo. Así colocada, danle muerte con el palo fetiche, ó la dejan viva, segun *Vosa* ó *Ifa* lo determine por medio del tiro de las cauríes. Si muerta, derrámanle despues aceite de palma, aguardiente y harina de maíz sobre la cabeza. Si viva, derrámanle como último consuelo aguardiente en la boca, y despues aceite y harina en la cabeza. Al rededor de esta amasan luego una espesa capa de tierra arcillosa que vuelven más resistente mezclando en ella cascajo (pág. 488). Encima colocan una especie de casquete para proteger al *chugudu*.

De vez en cuando se sacrifican gallinas al espíritu que

suponen reside allí. Para consultarle el fetichista agita una campanilla, exponen hojas de un árbol fetiche, frota sus manos en tierra, cerca del *chugudu*, y éste, dicen los negros, responde suspirando.

Los particulares y los *salamas* construyen sus *chugudus* exactamente como el rey, con la diferencia que en vez de enterrar á un hombre entierran una gallina, una serpiente, un perro, un pichon, etc. El perro ladra de noche contra los ladrones; el pichon vuela y va á inspeccionar lo que sucede; la serpiente se desliza cerca del enemigo de su amo, muérdelo y vuelve á su sitio acostumbrado. Ofrecenles aceite de palma y harina de maíz.

ÁFRICA CENTRAL.

XIV.

Como complemento á esta série de narraciones sobre la tan importante y trabajada Mision del Africa central, transcribiremos la carta que el Rdo. Genaro Martini, dirigió últimamente al Rector del Instituto de misioneros para la Nigricia en Verona.

Despues de referir los horrores del hambre y de la peste en Khartum, continúa así:

«Del corazon del Ilmo. Comboni manaba sangre al pensar en tantas cristiandades privadas, á causa de su distancia, de los últimos y consoladores auxilios de la Religion. Sin embargo, á pesar del corto número de misioneros, y aún estos pocos debilitados por la enfermedad, deseoso nuestro Vicario apostólico de proveer á las estaciones más importantes y á los centros más necesitados, enviéme á Gadaref, en donde podria subvenir á las necesidades espirituales de los cristianos diseminados por aquel territorio; y como el hambre no mostraba allí tanto rigor, prepararia un asilo á nuestros amados negritos cuando se agotasen las provisiones de Khartum.

«Partí, pues, sin más compañía que la de dos jóvenes negros, pues el compañero que se me habia designado, Dom Policarpio, habia muerto del tífus pocos dias antes. Era á fin de Julio y acercábase la estacion de las lluvias. Metíme en el desierto, y no tardé en descubrir esparcidos acá y acullá cadáveres humanos en los que hacian presa bandadas de buitres. ¡Pobres esclavos! Todo el tiempo que dura la sequía, la vara del amo les fuerza al trabajo; y cuando mueren víctimas de bárbaros tratamientos ó agobiados por el peso de los trabajos, déjaseles desnudos en el desierto. Por la noche me detuve en un pueblo llamado El-Gedid. El jefe del país me acogió cordialmente y refirióme que el hambre y el tífus habia llevado al sepulcro á un tercio de habitantes, y que otros muchos habian huido á las fronteras de Abisinia.

«A la mañana siguiente, al proseguir mi viaje, noté que estaban vacías la mayor parte de las cabañas; los pocos moradores que sobrevivian, pálidos y demacrados, estaban agachados en sus puertas, y al verme, como si despertaran de un sueño, alargábanme su descarnada mano pidiéndome un poco de cebada. Abrí el saco de mis provisiones, distribuí una parte de ellas á todos los que encontré, y proseguí mi camino acompañado de sus bendiciones. Al caer de la tarde me detuve en Comuin, país situado á la orilla izquierda del A-Zar. Encontré es-

te punto muy cambiado desde mi última visita. Los habitantes, agricultores laboriosos, acostumbraban todos los años en la estacion de las lluvias sembrar una buena parte del desierto, recogiendo abundancia de granos que llevaban á los mercados de Khartum. En otra ocasion habia visto yo allí numerosos rebaños de vacas y ovejas, y cada semana habia tambien un mercado considerable. Todo esto ha desaparecido por falta de lluvias; una parte de los ganados ha sido sacrificado para satisfacer las exigencias del hambre, y el resto enviado en busca de lejanos y miserables pastos.

«Invitado por el jefe, visité algunos enfermos del tífus. Bauticé á dos muchachos en peligro de muerte. Distribuí algunas limosnas y remedios, partí mi cena con el jefe y me tendí en la hamaca para conciliar el sueño. Al apuntar el dia me dirigí al rio para hacer provision de agua, y quedé sorprendido al ver multitud de negros famélicos recorriéndolo en todas direcciones, unos en barcas y otros á nado con un madero sujeto al pecho para no ir al fondo. Todos parecian animados de febril actividad, y movidos por el hambre buscaban, haciendo un esfuerzo desesperado, algunos restos de alimento con que prolongar un poco su dolorosa existencia.

«Al punto ordené á uno de mis acompañantes que me trajese un saco de granos que tenia en reserva para mi dromedario. Hice señal á aquellos desgraciados que se acercasen, y despues de alinearse fui repartiéndoles un puñado de granos hasta vaciar el saco. Doblé la racion á una pobre madre que tenia en sus brazos una criaturita. Sus vagidos partian el corazon, y en vano se esforzaba en pedir leche al exhausto seno de su madre. Dije á ésta me siguiese, pero no lo hizo sola, sino que la acompañaron muchos de aquellos infortunados. Al llegar al sitio de mis provisiones, saqué de una caja un vaso de leche concentrada, desleí un poco en agua, y la di á beber á la infeliz criaturita. Pocos momentos despues corrian á mi encuentro todas las madres, entre las cuales repartí el resto. Luego, so pretexto de aliviar sus sufrimientos, bauticé á cinco criaturas que ví próximas á morir. Proseguí mi viaje con algunas provisiones menores, pero con el consuelo de haber preparado para el cielo varios angelitos.

Tres dias despues llegué á Abu-Haras, pasé el rio en una barca y me albergué en casa del Sieh (principal), que aunque *fachi* musulman, me acogió y trató con mucha cortesía. La viruela negra causaba allí grandes estragos. Detúveme tres dias en busca de camellos para transportar mis provisiones, pero era imposible encontrarlos, pues un regimiento que se dirigia á las fronteras de Abisinia para reforzar la ciudadela de Senait los habia acaparado todos para el transporte de sus bagajes. No obstante, gracias á la generosa intervencion del Sieh, pude adquirir cuatro camellos para continuar mi viaje. Hasta aquí, á despecho de la estacion lluviosa, no habia encontrado en mi camino dificultad seria; pero aún me faltaba hacer la parte más difícil del viaje, pues de Abu-Haras hasta Sofi, país situado cerca de Gadaref, único itinerario posible en aquella época del año, á lo menos tenia que hacer seis jornadas de marcha para encontrar un pueblo.

«Partí de Abu-Haras muy de mañana y anduve hasta las once: el terreno muy removido por la lluvia del dia

precedente, hacia la marcha muy penosa. De repente el cielo, algo encapotado hasta entonces, oscurecióse completamente; retumbaba á lo lejos el trueno, y los camellos, tan sensibles al menor cambio de temperatura, mostrábanse agitados. A la sazón nos encontrábamos en una inmensa planicie cubierta de yerba muy dura; la tierra era negruzca, resbaladiza é impenetrable al agua. Detenerse allí para pasar la noche era, si no peligroso, al menos muy desapacible; pues la lluvia pronto transformaba esas llanuras en vastos pantanos. En vano busqué un lugar más elevado para plantar mi tienda; comenzaban á caer gruesas gotas de agua, y la oscuridad iba en aumento. Dí orden de hacer alto; levanté mi tienda con ayuda de los camelleros; trasladámos á ella las provisiones, y nos instalámos tambien del mejor modo posible.

«Entonces se desató la lluvia, pero una lluvia como sólo se ve en estas regiones ecuatoriales, en medio de los relámpagos y del continuo fragor del trueno. Los animales se agachaban despavoridos lanzando plañideros gritos. Aquel diluvio duró ocho horas, y como lo habia previsto, la llanura se convirtió en un vasto estanque. Las pieles de la tienda, á causa de lo removido del suelo y de la furia de los vientos, amenazaban caer á cada instante y más de una vez tuve que asegurarlas, hasta que una violenta ráfaga se las llevó y replegó la tienda sobre nuestras cabezas. Después de desembarazarnos de ella lo más pronto posible, y para no dejarnos sorprender demasiado por el frío, nos pusimos á caminar por aquel resbaladizo suelo con agua hasta las rodillas. ¡Horrible noche! A las tres de la madrugada volvimos á cargar los camellos, y siempre metidos en el agua avanzámos en busca de mejor posición. Al fin á las ocho llegámos rendidos de fatiga á una vasta llanura elevada, de tierra arcillosa desprovista de toda vegetación, y allí nos detuvimos. Después de haberme procurado lo necesario en las vecinas cabañas, cambié de vestido, hice secar al sol todo lo que estaba empapado en agua, y como se veían allí algunos arbustos, dispuse que arreglaran la comida.

«Durante el resto de mi viaje tuve que sufrir mucho por las lluvias, sobre todo cerca de Gebel-Madarut (monte de los monos). Seis días después de mi partida de Abu-Haras llegué á Gadaref, ó más bien, según los ára-

bes, Abu-Seind. Acogieronme gratuitamente en su casa y pusieron á mi disposición tres hermosos aposentos, durante los cinco meses de mi permanencia en Gadaref, unos ricos negociantes griegos, aunque cismáticos, que hacia muchos años residían allí. Divulgóse rápidamente por la ciudad y sus contornos la noticia de mi llegada, y al punto católicos, cismáticos y abisinios acudieron á darme la bienvenida. Para los fieles de aquellas inmediaciones era yo un antiguo conocido, pues dos años antes, en uno de mis viajes á los confines de Abisinia, habíame detenido en Gadaref dos meses, durante los cuales proporcioné á estos buenos cristianos los auxilios espirituales, de que hacia tanto tiempo estaban privados por falta de un misionero.

«Mi primer pensamiento fué organizar una modesta capilla, en la que pudiese reunir á los cristianos para los ejercicios religiosos. Erigí un altar en uno de mis tres aposentos, y el domingo siguiente celebré en público el santo Sacrificio. A la hora señalada la improvisada capilla estaba atestada de fieles, muchos de los cuales tuvieron que acomodarse como pudieron en un corredor vecino.

«Una de mis primeras tareas fué visitar á todas las familias cristianas é informarme minuciosamente de sus asuntos. ¡Ah! puedo decir que sólo encontré miserias á las que debía aplicarse pronto remedio. No podía ser de otro modo, privadas como estaban, hacia tanto tiempo, de los au-

xilios del sacerdote, de los Sacramentos y de la palabra divina, y esto en medio de una población musulmana. A fuerza de súplicas, de exhortaciones y de visitas, pude al cabo de algunos meses bautizar solemnemente á nueve muchachos, cinco de los cuales eran hijos de padres católicos, é introducir en las familias el uso de la oración diaria y la frecuentación de Sacramentos. Abrí también una escuela para niños, que por medio de algunos regalitos vinieron con asiduidad, mostrándome en poco tiempo mucho apego. Expliquéles el catecismo y les enseñé los elementos de las lenguas árabe é italiana. Sus adelantos y docilidad servíanme de gran consuelo, cuando la viruela me obligó de improviso á suspender las clases.

«De todos los puntos del Africa que he visitado, Gadaref es sin contradicción el más saludable, tanto por su elevación como por la naturaleza del terreno, nada hú-



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Adjiralaqin ó chugudu. (Pág. 486).

medo. Las fiebres tifóideas y perniciosas, verdadero azote en los territorios de Khartum y de Taca, son aquí casi desconocidas. Las que aparecen al terminar la estación lluviosa no ofrecen gran peligro y ceden fácilmente con el uso de bebidas amargas, por ejemplo café con un poco de zumo de limón. Por desgracia este año algunos viajeros venidos del Sennaar y de Abu-Haras importaron á Gadaref la viruela negra, que en pocos meses arrebató la mitad de la población, con tanta mayor facilidad cuanto en ella impera la bárbara costumbre de inocular las pústulas á guisa de vacuna.

«Mis conocimientos en medicina facilitáronme el acceso en las familias musulmanas. Gracias á algunas curaciones obradas cuando mi primer viaje á Gadaref, pronto adquirí nombradía de excelente doctor, y además, como mis consultas y remedios eran gratuitos, de todas partes venían en mi busca. La caridad evangélica es desconocida entre los musulmanes, y el egoísmo es el único móvil de sus actos. Sacrificarse por la salud de sus hermanos y exponerse al peligro de contagiarse asistiendo á los enfermos, son virtudes que el Corán no sabe comprender ni inspirar, y ¡ay de aquellos á quienes visita el azote! Desde el principio de la epidemia las familias musulmanas que tenían algun individuo acometido ó amenazado, aunque fuese el padre ó la madre, lo llevaban precipitadamente á la montaña vecina, y dejábanlo en una choza de paja construida al efecto bajo la custodia de algun viejo esclavo. Poco á poco esas chozas formaron un pueblo, tanto creció su número: pueblo de muertos, en verdad, pues los enfermos no dejaban su lecho más que para ser arrojados al cementerio ó á la vertiente de la montaña para servir al fin de pasto á las bestias salvajes. Desde los primeros días visité este lazareto erigido por el miedo al contagio. ¡Horrible espectáculo! Los más ricos tenían un lecho y una manta, pero el mayor número de pacientes, sobre todo los esclavos, yacían en tierra sobre un poco de hojarasca, medio desnudos, amontonados unos sobre otros, devorados por la fiebre, y muchas veces sin una gota de agua con que refrescar sus labios.

«A Dios gracias, pude abrir las puertas del cielo á muchos de aquellos infortunados. Habiendo notado que los niños morían al cuarto día de la erupción del mal, so pretexto de templarles el dolor de cabeza bauticé todos los que pude. A algunos esclavos adultos pude ofrecerles los consuelos de la Religión. ¡Cuán gratas son las promesas de la fe á esos pobres desvalidos! En pocos días les tuve dispuestos: en la hora del peligro escogía un momento propicio, y á hurtadillas de los musulmanes les hacía rezar el *Pater* y el *Credo*, y luego les bautizaba.

«Tres meses despues de la aparición de la epidemia las chozas fueron ya inútiles á causa de sus rápidos progresos: cada cual guardaba sus enfermos; y como yo tenía entrada libre en todas partes, pude aumentar el número de bautismos. En el cuarto mes el azote fué decreciendo. ¡Cuántos de aquellos desgraciados hubiera podido rescatar, sea para educarlos, sea únicamente para mantenerlos, si hubiese contado con recursos! Los musulmanes, y entre ellos los traficantes de esclavos, raza brutal y codiciosa, saben muy bien dirigirse al misionero y ofrecerle á bajo precio su mercadería, que ven pronta á

desaparecer: no obstante, ¡pobre del misionero que tarde en poner en sus manos el precio estipulado para el rescate de un esclavo!

«Para la grande y santa obra del apostolado en Africa se necesitan sacerdotes y recursos que solamente la Europa puede proporcionar. Los abrasados desiertos del Africa no son las fértiles llanuras de América, en donde el obrero apostólico puede encontrar fácilmente los recursos que necesita para secundar su celo; y el misionero que descende á las áridas playas del Africa debe ir absolutamente provisto de todo. En los países musulmanes debe tomar por su cuenta la construcción de las casas necesarias, rescatar al contado á los pobres negros que quiere ganar al Cristianismo, proveer á sus necesidades y á su trabajo. En medio de las tribus del interior á menudo debe levantar con sus propias manos su humilde morada, proporcionarse instrumentos agrícolas, vestir á los salvajes y captarse su estima y confianza.

«Cinco meses habian transcurrido desde mi llegada á Gadaref, y me encontraba solo. En vano esperé al procurador general de la Mision, Dom Squaranti, para compartir juntos las fatigas del apostolado y disponer lo necesario para la instalación de una colonia agrícola y la erección de una modesta iglesia... ¡Ah! habia caído víctima del tifus en Khartum, y nuestro mismo Vicario apostólico me comunicaba tan dolorosa nueva: el cielo habia exigido de nosotros un postrer sacrificio. En su virtud, y no habiendo esperanzas de que pudiese juntarse otro de mis hermanos, tomé el camino de Khartum. Antes de alejarme de esa cristiandad tan afligida, prometí volver lo más pronto posible á implantar una colonia agrícola y reunir á la sombra de una iglesia todos los cristianos dispersos por aquel vasto territorio.

«Quiera Dios que la Europa católica se mueva á favor de esas pobres almas y deje caer de su mano una abundante limosna que nos permita poner en planta nuestros proyectos. ¡Que el Espíritu de luz suscite nuevas y más numerosas vocaciones al apostolado del Africa, y pronto este país experimentará las dulces y saludables influencias del Cristianismo!»

ÁFRICA ECUATORIAL.

DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANIKA.

I.

DE TABORA AL LAGO VICTORIA-NYANZA.

(Continuacion).

Domingo, 24.—Nuestros bagajeros, dispersos por las chozas, hácese esperar, y nuestra caravana no puede desfilar hasta las siete. Nos dirigimos al Norte-Noroeste á través de una llanura generalmente descubierta. Despues de caminar cuatro horas llegamos á M'kinga, población insignificante, pero en la que no obstante podemos estar á nuestras anchas.

Lunes, 25.—Por la mañana me dirijo con algunos askaris á ver al *mtemi* de la tribu, que vive á veinte minutos de nuestro campo. Por el camino los soldados me advierten que este sultán es enemigo de Mirambo, que nunca ha podido hacerse dueño de su población, defendida por una fuerte empalizada y bastante grande para contener en su recinto, en caso de guerra, á todos los hombres de la tribu.

Después de traspasar muchas puertas bajas y estrechas, y de seguir multitud de callejones tortuosos y llenos de barro, llegué ante la cabaña que sirve de palacio al caudillo de la tribu, quien me hace entrar en otra todavía en construcción y destinada probablemente á servir de sala del trono. Mi visita parece complacerle, y más aún algunos metros de tela que le ofrezco. Habiéndole pedido en seguida que me proporcionase 62 *pagazis* hasta Machimba, me los promete, y vuelvo al campo.

A la una vienen á decirnos que el *mtemi* nos espera so un gran árbol á pocos pasos del pueblo. Voy allá con el P. Lourdel, y le encontramos sentado entre un grupo de hombres que se ofrecen como bagajeros. Después de muchos dimes y diretes quedamos en pagarles 2 dotis con la condición de que nos acompañarán hasta Metinguegnan.

Martes, 26. — Las bagajeros contratados ayer se hacen esperar mucho, por lo que me dirijo á casa del *mtemi* para pedirle que nos envíe sus hombres lo más presto posible. Me asegura que ha comunicado sus órdenes y que dará prisa á los recalcitrantes.

Dejamos el campo á las ocho, yendo en dirección al Norte-Noroeste. El país en general está cultivado. Avanzamos en buen orden redoblando nuestra vigilancia, pues nos han dicho que el camino estaba infestado de salteadores. Nos detenemos en Irongu, y por la noche sobreviene una violenta borrasca de viento y agua. Nuestras mercancías están á cubierto en un vasto cobertizo.

Miércoles, 27. — Al apuntar el día y mientras nos disponemos á partir, muchos hombres bien armados penetran en el *tembé*, échanse sobre nuestros *pagazis* originarios de Usukuma y les arrebatan las telas que les hemos dado como salario, so pretexto que los hombres de dicha tribu son los enemigos del sultán de Metinguegnan, de quien se dicen soldados.

Declaramos á estos bandidos que nosotros somos *wuasungus*, amigos de Metinguegnan, y que nuestros *pagazis*, sea cual fuere su tribu, deben ser respetados en sus tierras.

Al fin devuelven, no sin dificultad, las telas robadas. Nuestros soldados atemorizados nos dicen que sería imprudente seguir adelante sin contar, como escolta, algunos hombres de Metinguegnan. Enviamos á este sultán tres de nuestros soldados para anunciarle nuestra llegada y rogarle que nos envíe uno ó dos de sus hombres para que su presencia revele á todos los bandidos de la selva que somos amigos del *mtemi*. Nuestros soldados regresan por la tarde con cuatro hombres de Metinguegnan, quien ¡sea Dios bendito! dice querer honrarse con nuestra amistad, viendo con gozo que hayamos seguido la ruta que atraviesa sus Estados, y prometiéndonos su protección hasta Machimba.

Jueves, 28. — La noche anterior han huido doce *pagazis* wanguanas y un soldado. Esas pobres gentes se exageran los peligros del camino, y es imposible evitar deserciones á pesar de la mayor vigilancia. Nos ponemos en marcha á las seis y media en la misma dirección. Durante muchas horas caminamos por un enmarañado bosque; y atravesamos luego una serie de colinas que parecen extenderse de Sudeste á Noroeste, descubriéndose desde la cima una inmensa llanura cubierta de bosque. Hacemos ojo avizor para burlar la astucia de los

ladrones, que según se susurra están que trinan por desembarazarnos de algunos paquetes.

Una partida de *wataturus*, bandidos de profesión, se cruza con nuestra caravana conduciendo jumentos cargados con una gran alforja de piel de buey. Su rostro enjuto y feroz dista mucho de inspirar confianza, y de seguro la vista de nuestras armas ha hecho que creyeran lo más prudente dejarnos pasar en paz. Los *wataturus* no cultivan la tierra, y vienen á proveerse de *mutoma* entre los *unyamuezis* á cambio, según creo, de flechas que saben fabricar muy bien. La selva hace al fin lugar á las tierras cultivadas, con multitud de pueblos que parecen muy poblados. Hombres, mujeres y niños salen de sus habitaciones y nos examinan de pies á cabeza con extraña curiosidad. Diríase que nunca han visto blancos.

Metinguegnan nos recibe con amabilidad á la entrada de su pueblo; nos indica la casa que se nos ha destinado, y se retira anunciándonos su visita para más tarde. A los pocos momentos vemosle volver con numerosa escolta, haciendo llevar una gran cántara de *pombé*. Tomamos un poco para complacerle, y nuestros *askaris* se encargarán del resto.

Nada más divertido que la sencillez de la gente de este pueblo. Todo les maravilla: nuestra tez, nuestros vestidos, nuestras armas. Desternillan de risa al ver la manera como nos sonamos las narices.

El *mtemi* nos dice que recibirá nuestro presente en el pueblo á donde vayamos á acampar mañana, y nos ruega que hagamos hoy uno á su hijo. Ofrecémosle 7 codos de *chiti*.

Viernes, 29. — Abandonamos el campo á las seis y cuarto, y nos dirigimos al Norte. A las tierras cultivadas sustituye pronto la selva más intrincada que hasta el presente hayamos atravesado. Raras veces pasan las caravanas por estos parajes, pues la yerba ha invadido el estrecho sendero. Una numerosa partida de negros armados con lanzas y flechas trata de confundirse con nuestra caravana, no sé con qué intenciones. El P. Girault y yo, que vamos á retaguardia, necesitamos recurrir á las más terribles amenazas para obligarles á quedarse detrás de nosotros.

El soldado que conducía mi jumento, sintiéndose fatigado, tiéndese en la maleza, mientras mi cabalgadura toma las de Villadiego y desaparece en la profundidad de la selva. Con gusto hubiera hecho el sacrificio del pobre animal, que ya no tenía fuerza para llevarme; pero iba cargado con varios pares de calzado, de valor para mí tanto más inapreciable cuanto es imposible adquirirlo en estas comarcas primitivas. Algunos soldados enviados en persecución de mi fugitivo acaban por darle alcance, no sin gran trabajo.

Después de seis horas de camino entramos en campos cultivados, y poco después de medio día llegamos á Metinguegnan, residencia habitual del *mtemi* de este nombre. Habíase anticipado á nuestra llegada, y nos aguardaba á la puerta de su pueblo, grande y magnífico *tembé*. Después de recibirnos del modo más cordial, nos conduce á la cabaña que ha hecho preparar para nuestro alojamiento, y es bastante aseada y espaciosa para contener nuestras cinco camas.

Pagamos á los bagajeros contratados en M'kinga, en-

ÁFRICA AUSTRAL.

(Continuacion.—Pág. 470).

cargando á sus nyamparas que manifiesten al *mtemi* nuestra gratitud por habernos proporcionado *pagaçis* que han cumplido tan bien con su oficio.

A las cuatro me dirijo con el P. Lourdel y algunos á la morada de Metinguegnan, relativamente bella. Una figura humana, groseramente esculpida, adorna la puerta de entrada. En el patio interior se contienen muchos horreos llenos de *mutoma*, de maíz y de pistachos. El orden y pulcritud reinan en todo. Ofrecemos al *mtemi* un regalo digno de él: un fusil de chispa, un espejo, un collar de perlas, dos brazaletes de cobre y tres *dotis* de tela. Muéstrasenos muy agradecido, y nos promete bagajeros para pasado mañana.

Sábado, 30.—Por la madrugada el *mtemi* nos envía como regalo un buey, y su mujer nos trae leche. Acuden muchos bagajeros y les ofrecemos un *doti* para tres días de camino; pero no aceptan. Metinguegnan hace buscar otros en los pueblos vecinos, y nos asegura que mañana á primera hora los tendremos en gran número.

En un corto paseo que doy por las cercanías descubro multitud de huesos humanos, lúgubres vestigios de las guerras que tan á menudo ¡ay! ensangrientan las tierras del Unyamuezi.

Domingo, 1 de Diciembre.—Celebramos misa muy de mañana. Los bagajeros no se hacen esperar, y el *mtemi* viene á encontrarnos para hablar de las condiciones de contrata. Arenga largamente á los nyamparas para que no sean demasiado exigentes; pero los *pagaçis* no hacen gran caso de las buenas palabras de su caudillo, y se niegan á llevar nuestros paquetes tres días, teniendo que contentarnos con disponer de ellos para una sola etapa al precio de un *pendè* ó medio *doti*.

La distribucion de los bagajes se hace en medio del mayor tumulto, pues todos quieren conducirlos, y por esto hasta las nueve no podemos dar la señal de marcha.

Antes de salir de su pequeño Estado, vamos á despedirnos de Metinguegnan, quien nos advierte que los sultanes del Ugugu, de Gambaeta y de Machimba tratan de atacarnos, y nos aconseja que les dirijamos un regalo y nos ofrezcamos por amigos suyos, deseosos de paz.

Nos ponemos en marcha, continuando en direccion del Norte á través de un país accidentado que ostenta por todas partes vestigios de cultura. El sendero atraviesa las ruinas de muchos pueblos que han sido presa de las llamas. A medio día llegamos á Nguru, pequeña poblacion donde debemos acampar. El sultan nos señala por albergue un gran comportamiento del *tembé*, poco há reconstruido. Probablemente nos incomodará el viento que sopla á través de las saeteras abiertas en los tabiques; pero esta es la menor de las desdichas. Nuestro nuevo huésped dista mucho de ser tan tratable como Metinguegnan; y sus dientes puntiagudos y su rostro seco y al que nunca anima la menor sonrisa, nos dicen claramente que tenemos que habérnoslas con un salvaje de la peor calaña.

Parece muy cierto lo que nos ha dicho Metinguegnan sobre las malévolas disposiciones de los tres sultanes que viven cerca de la selva. Los negros de la caravana árabe que han viajado con nosotros desde Uyuy, nos anuncian para mañana la visita de los jefes de dicha caravana á fin resolver de comun acuerdo el modo de evitar el peligro que á todos nos amenaza.

Importa considerar las condiciones en que se encontraban nuestros misioneros al llegar á Gubulawayo. El lector notará pronto que eran muy precarias. Estaban á merced de un monarca que reinaba como déspota sobre un pueblo fiero y cruel, sobre el cual tenia poder absoluto de vida y muerte. Debían presentarse delante de la raza más poderosa y guerrera del África meridional; delante de un hombre que acostumbraba dar oídos á los oráculos de los adivinos cuando tenia que resolver algun asunto importante; un hombre lleno de preocupaciones contra los misioneros católicos, gracias á los ministros protestantes que vivían en el contorno; un hombre, en fin, de quien era fama que tomada una vez una resolucíon era irrevocable, y que habia heredado las tradiciones más opuestas á las del Evangelio. De él dependía que los Padres permaneciesen por algun tiempo en su país; y si esto les era negado, ¿dónde podían irse? Detrás de ellos se extendía un gran desierto; delante una formidable cordillera, de la cual sólo les separaban las lagunas del Zambese, y á cuya vista el viajero más atrevido hubiera tenido que retroceder, especialmente en la estacion lluviosa que principiaba. El ir más adelante les hubiera expuesto á una ruina cierta; ni mejores esperanzas prometía el retirarse, en la condicion lastimosa de un ejército derrotado, seguido de la fiebre y del hambre, en medio de unas poblaciones que el fiero ceño de su rey habria cambiado en otros tantos enemigos. Bien podemos decir que los Padres estaban á punto de jugar la última carta; pero si esta vez fallase el tiro, los Padres bien sabían que poco ó nada podían hacer.

Apenas habian desuncido los bueyes, cuando los Padres ya observaban en aquel pueblo las mismas señales de confidencia que habían visto en el viaje. Todo el día eran acosados por aquella gente que ávidamente les pedía un regalo; y no eran simplemente las gentes del vulgo las que hacían esto, sino que en medio de ellas se veía la misma hermana del Rey y otros personajes principales. Y no era una pequeña prueba de paciencia el oír gritar incesantemente *tusa, tusa*, como lo hacían desde la mañana á la tarde á su rededor. Mas en todo esto no habia un acto de insolencia ó de ferocidad, como podria esperarse de los descendientes de los terribles Mavitas, á cuya raza pertenece este pueblo. Todos parecían chiquillos que no podían menos de pedir como regalo los *tesoros* que veían.

Al día siguiente de su llegada, los Padres se dirigieron á la régia estancia para ofrecer los dones al Rey. Eran éstos un hermoso fusil del sistema Martini-Henry, una caja de música, algunas ricas mantas y una cajita de perlas mandada por el Sr. Bailie, de Kimberley. El Rey estaba en la mesa y comía un buen trozo de carne que tenia con las manos; por lo tanto, no podía entrar en negocio con ellos. Pero la mirada de plena satisfaccióon que echó sobre los tesoros que tenia delante, demostró que el efecto que le habia producido era el que se deseaba. Al día siguiente el Sr. Fairbairn, que habia vuelto de su viaje, quiso conducir á los Padres á una audiencia formal, en la cual le presentasen sus credenciales y le expusiesen sus deseos. «Caminábamos á ga-

tas, escribe el P. Law, pasando por la entrada de la Real cabaña, juntamente con el Sr. Fairbairn, y allá dentro estaba Lo-Bengula echado en el suelo, y sentadas á su alrededor ocho ó diez de sus mujeres. El Sr. Fairbairn explicó brevemente nuestra mision y leyó la carta de introduccion del gobernador. Lo-Bengula respondió que allí habia otros maestros (los protestantes) que nada habian hecho, y con esto no dió respuesta alguna perentoria, poniéndose á hablar con el Sr. Fairbairn, con quien tenia mucha familiaridad.»

Entre tanto iban presentando á Lo-Bengula una gran cantidad de cerveza, llamada *utywala*, y carne abundante. Mientras los Padres estuvieron dentro de la cabaña, vieron que venian más que de prisa muchos oficiales que traian los expedientes de los negocios, ó que proponian al Rey ciertas cuestiones que iba resolviendo una á una. Entre tanto, para dar alguna variedad á la audiencia, introdujeron dos adivinos para entretener á los huéspedes con sus mágicas representaciones. Estos magos estaban disfrazados con capas muy largas, bajo cuyos pliegues ocultaban una pequeña cabeza, que debia, segun pretendian, responder á las preguntas que se le hiciesen. La primera pregunta fué si Lo-Bengula habia de ser un gran monarca; y la respuesta, como es de suponer, fué afirmativa. Les hubiera costado la vida á los magos si hubieran respondido de otra manera. No sabian los Padres si reirse ó no de tal mogiganga; mas el Sr. Fairbairn, que sabia hasta dónde se extendia su intimidad con el Rey, vino oportunamente á sacarles de tal embarazo, riéndose á su sabor, con lo cual ridiculizó semejante escena.

En fin, Lo-Bengula, con buen humor, por complacer á los huéspedes, que no gustaban de aquel pasatiempo, mandó á los magos que retirasen aquella criatura. Fácil es adivinar que esto era una intimacion que debia poner término á aquella pueril representacion. Mientras tanto danzaban fuera muchos esclavos, entonando una aria monótona que cantaban todos juntos. Despues de la entrevista, que habia durado cuatro horas, los Padres se retiraron contentísimos por la cordialidad y buen humor que habia manifestado el Rey, con lo cual concibieron las mejores esperanzas de su resultado favorable. Ya se les habia dicho que no debian esperar una pronta decision en su favor. Al dia siguiente el mismo Rey devolvió la visita á los Padres en su tienda, conversando con ellos por espacio de una hora, durante la cual tomó de buen grado bizcochos, higos secos y una limonada, manifestándose muy amigo y familiar hasta el punto de tocar con sus manos la barba del P. Depelchin y decirle que más bien era la cabellera de un leon que la barba de un hombre. Pero en cuanto á la mision de los Padres, les respondió lo mismo que el dia anterior, esto es, «que no necesitaba de más maestros; que sus súbditos jóvenes no tenian necesidad de aprender más, y que los mayores debian ocuparse en el trabajo manual.» El Rey, segun costumbre, estaba desnudo, y sólo llevaba una faja que se ceñia á los lados, y en la mano una azagaya. Era de estatura gigantesca, y su continente el de un verdadero monarca. Al volver á su estancia le seguia un heraldo, que iba cantando una letanía de alabanzas á S. M.

El tiempo en que los Padres llegaron á la capital no

era muy á propósito para una pronta y favorable decision para los asuntos que venian á tratar. Mas así fué dispuesto por la divina Providencia, á fin de que el Rey tuviese tiempo de apreciar los grandes servicios que los misioneros podian prestarle por otro camino, y al mismo tiempo éstos tuvieron oportunidad de conocer más á fondo al pueblo y de concebir más fundadas esperanzas para la predicacion del Evangelio. Es de saber que en aquellos dias el Rey estaba á punto de dar un paso muy importante de su vida, queriendo unir otras nueve mujeres á la larga série de las que ya le reconocian por marido. La principal de entre las nueve mujeres era la hija de Umzila, rey de los Abagases, pueblo Zulú, cuya capital está á 30 jornadas al Este de Gubulawayo. Esta joven habia venido con un acompañamiento de cerca mil personas para desposarse con Lo-Bengula, y todo estaba en movimiento para honrar á la nueva Reina y para preparar la ceremonia de la manera más conveniente. Algunas circunstancias sobre los recién venidos merecen ser aquí recordadas: «Un dia, refiere el P. Law, habiéndonos acercado al campamento de los hombres de Umzila, los encontramos bailando, y nos detuvimos en contemplarles unos tres cuartos de hora. Eran cerca de 150 hombres y 60 ó 70 mujeres dispuestos en forma de elipse, y dando el frente las mujeres á los hombres. Danzaban y cantaban al mismo tiempo, llevando el compás golpeando el suelo con los piés; todos tenian un baston en la mano, y unas veces se adelantaban, otras retrocedian, ya levantaban en alto y simultáneamente los bastones, ya los llevaban hácia la derecha, ya hácia la izquierda. Los aires que cantaban eran hermosos y de brío, ejecutados con bonitas consonancias y voces de buen gusto.» Concluida la danza, los Padres fueron á visitar al *Induna*, que estaba á la cabeza de los parainfos. El P. Law lo pinta como persona de gentil aspecto y de porte franco y viril. Dirigióse á los Padres, y con grande afecto les dió un apretón de manos: cosa digna de observarse, porque segun aseguran los indígenas, no acostumbran dar la mano si antes no han adquirido las costumbres europeas. Los Padres le dijeron claramente que eran católicos de religion dedicados á la enseñanza, y que no tenian mujeres, que en su lengua se llaman *abafundisi*. La nueva Reina y el *Induna* les respondieron que su pueblo les acogeria gustoso; y cuando los Padres les enseñaron el cuadro del Crucifijo y un libro para la enseñanza, el *Induna* puesto en cruz exclamó: «Es verdad.» Tal reconocimiento del signo de nuestra redencion, ¿era acaso el fruto de las relaciones con los portugueses, ó era un resto de la tradicion católica llevada por los apóstoles del Monomotapa? No es posible aclarar por ahora este punto; mas sea lo que quiera, no hay duda que esto debe animar á todos los que tengan un poco de celo por la salvacion de las almas, á hacer un esfuerzo generoso para levantar en aquellas regiones un templo cuyos fundamentos ya están echados. Uno ó dos dias despues los Padres visitaron nuevamente el campamento, llevando consigo regalos para presentar á la nueva Reina y al *Induna*. Estos los recibieron con la misma benevolencia que la primera vez. Uno de los *Indunas* tomó la palabra y expuso el objeto de la visita; y la Reina, agradecida á los dones, les dió las más expresivas gracias, y el otro *Induna* hizo lo mismo. Grande era el

orden y admirable el decoro con que todo esto se llevaba á cabo, al mismo tiempo que despertaba en el corazon de los misioneros vivos deseos de llevar á efecto tan fundadas esperanzas. Se encontraban en medio de un pueblo pacífico, y de tal manera dispuesto, que ya parecia que daba señales de un principio de fe. Era un terreno que necesitaba operarios para producir rica miés. Algunas cartas que han venido más tarde por Natal, referentes á este buen pueblo, han hecho crecer el deseo de llevar allí la verdad de la religion católica; y podemos asegurar que se han adoptado medios eficaces á fin de hacerles partícipes de la eterna salvacion.

MINDANAO.

*Carta del P. Jacinto Juanmartí al Rdo. P. Juan B. Heras,
Superior de la Mision.*

Tamontaca, 20 de Abril de 1879.

El objeto de esta carta es darle conocimiento de un viaje que hice en Febrero pasado á Sarangani para tomar algunas noticias de estas costas y de las razas diferentes que las pueblan. Ofrecióme muy buena ocasion la salida de la goleta *Animosa* y del cañonero *Manileño* para recorrer aquellas aguas: el comandante de la primera, Sr. Rivera, me hospedó en su misma cámara y me hizo sentar á su mesa; así es que no puedo agradecer bastante su amabilidad, como ni al Sr. Angosto, comandante del segundo, con quien pasé gran parte del viaje.

El 3 de dicho mes de Febrero salimos de Pollok con rumbo á Sarangani, y al caer de la tarde fondeámos en el bonito puerto de Lebak, más allá del rio Cran, descubiertos hace poco por el Sr. Angosto, á quien puede llamarse con razon benemérito de este Sur de Mindanao, tanto por sus importantes trabajos hidrográficos como por las buenas relaciones que con honor de nuestra bandera sabe conservar con los moros. Desde las ensenadas de Linao y Mati hasta este puerto se ven grandes llanuras por donde corren los rios *Tranmaslá* y *Tran-padidu*, muy poblados, segun dicen, de moros, y en la parte alta de tirurayes, que llegan hasta aquí y se corren por los montes que van hasta Talayan. Sigue á la de los tirurayes la raza que llaman los moros bangal-bangales y los tirurayes dulanganes, que son monteses, segun dicen, de los más salvajes y de costumbres bárbaras, pues andan desnudos y se esconden como fieras en los troncos de los árboles, donde tienen sus viviendas. Usan mucho las flechas envenenadas, que arrojan con certeza por entre los árboles, y siempre andan en guerra con otros monteses. Al que se ria de ellos por andar en el traje de Adán le pasan con sus lanzas. Una Mision puesta en alguno de estos puntos cercanos que confinan con dulanganes y tirurayes, como es Cran ó Linao, seria de mucha utilidad, pues daria impulso á la reduccion de los mismos tirurayes y abriria las puertas del Cristianismo á las diferentes razas que pueblan aquellas costas. Esta se daria la mano con la que convendria establecer en la zona que recorren los rios Tebuan y Matabar, con la cual se comunicaria fácilmente esta Mision de Tamontaca.

Siguiendo hácia el Sur viene despues del puerto de

Lebak la ensenada de Tuna y las hermosas tierras que bañan los rios de Tuna, Kulut, Cran, Narkan, etc. Frente de este último punto fondeámos y pasámos la noche el segundo dia de viaje: con esta ocasion fuimos á tierra, y tuve el gusto de ver y tratar con alguno de los manobos, que es la raza pobladora de toda esta comarca. El jóven en que me fijé era de buena talla, de facciones agradables, color oscuro y condicion afable. Traia sus orejas taladradas por grandes aros; colgaban de su cuello un grande ensartado de abalorios y otro muy elegante de dientes de unos animales parecidos á los monos, cuyo nombre no recuerdo; adorno de mucha estima que no usan sino los que son de familias muy principales. Toda esta grande comarca, que llega hasta punta Maguli, está poblada de manobos en el interior y de moros en las costas. Debe de haber muchos monteses, porque se ven muchos desmontes en la parte alta: hay muy hermosos terrenos costaneros y grandes cuencas en los montes con abundancia de rios que los riegan. No con menos razon que la anterior pide esta comarca de más de 20 leguas de mar una Mision que tendrá muy dilatado campo en la reduccion de los manobos, que, segun dicen los mismos moros, son de condicion apacible, dóciles, y sin duda bien dispuestos para recibir nuestra santa religion. Esta se comunicaria por mar con la anterior y con la que deberia situarse en la zona y comarca que viene despues de punta Maguli.

Desde punta Maguli, que está un poco más acá de punta Bucud, hasta la bahía de Sarangani, hay más de otras 20 leguas y es tierra habitada en la playa por los moros, y tierra adentro siguen los manobos en parte, y la demás la habitan los monteses tagabelies, raza parecida á los manobos, de condicion apacible y de carácter dócil. Bien merece tan dilatada zona y tanta multitud de gente que la puebla tener una Mision que los instruya y los saque de las tinieblas del gentilismo. Riegan aquellas grandes vertientes y llanuras muchos rios, tales como el de Bucud, Batangan, Tuguis, Bual, etc. Parece tierra fértil y de admirable vegetacion; los llanos, los montes y las laderas están todos cubiertos de admirables arboledas. No así la costa que entra ya en la bahía de Sarangani, que desde la boca hasta el fondo dista cerca cinco leguas. En toda la costa occidental la vegetacion es raquítica, la tierra es árida, apenas se ven algunos arbustos; lo que forma un gran contraste con la costa oriental de la bahía, que es muy feraz y poblada de arbolado. En el punto donde varia la vegetacion, que es el fondo de la bahía, se levanta como á dos leguas tierra adentro, con frente erguida, el famoso monte Matutum, de forma cónica, aislado de los demás montes y alto más de 2,000 metros sobre el nivel del mar, segun medida calculada por ángulos, tomada por el Sr. Rivera.

No puede explicarse tan notable diferencia de vegetacion en la parte Oeste de la bahía de Sarangani sino por la proximidad del volcan Matutum, que sin duda habrá inundado con su lava toda aquella region; pues es posible hacerlo si las erupciones se han verificado en tiempo en que reinan los Nordeste. Estando en Mulut, que es uno de los puntos costaneros más cercanos al volcan, quise examinar aquella tierra tan árida y ví que se forma de capas de arena y tierra caliza, que en la parte inferior, donde no llegan los rayos del sol ni el riego de

las lluvias, forma como una masa compacta parecida á la argamasa dura, á donde no pueden penetrar las raíces de las plantas; con lo que queda un suelo estéril y sin vegetación. La bahía de Sarangani es de forma cuadrilonga, siendo la distancia desde Glan en la boca, parte Sur de la bahía, á Mulut que está en el fondo parte Norte, de unas cinco leguas, cuya longitud es la diagonal del cuadrilongo; la distancia de uno á otro lado será poco más ó menos de unas tres leguas. Hasta el Matutum llega la raza de los tagabelies y empiezan los bilanes, que es la más numerosa de todas y se extiende por todos los altos y vertientes que miran á la bahía, corriéndose por el Este hácia Davao y por el Norte y Oeste hasta Bohayan, Bacad, etc., poblando todos aquellos montes que arrancan de las mismas llanuras del Pulangui. Bien estaría una Mision dentro de esta gran cuenca, que colocada en Bohayan (no el de Pulangui), que es el mejor punto, ó en Lun, podría comunicarse con Davao, que viene á su Nordeste, y con los muchos miles de bilanes que pueblan aquellos montes. Otra Mision convendría en el puerto de Glan, que seria el punto ocupado por la marina, donde hay muy buen rio y muchos infieles bilanes en sus cercanías; la cual tendria á la vez las islas de Sarangani como punto más inmediato á ellas de cuantos llevo nombrados, y á cuatro ó cinco leguas la otra Mision de Bohayan.

Despues de esta breve reseña de la costa que nos separa de Sarangani y de los monteses infieles que la habitan, podemos con razon decir que la miés es mucha pero los operarios son pocos en comparacion de los que se han menester. Pero así y todo, como que *regiones jam albæ sunt* y á la Compañía de Jesús le son encomendadas, *charitas Christi urget nos*, y cada uno de nosotros *omnibus debitor est fidelibus et infidelibus*. ¿Quién sabe si ha llegado el día en que amanezca la luz de la verdadera fe para aquellos infelices que, á pesar de cruzar nuestros buques por aquellos mares y vivir ellos cobijados debajo de nuestro pabellon, aún están sentados en la sombra de la infidelidad? La primera dificultad que se presenta despues de la falta de operarios es el estar aquella region dominada por los moros que viven en sus costas y en las bocas de los rios, y así seria arriesgado é inútil meternos entre ellos sin contar con medios de seguridad y defensa. Así es, en efecto, porque el moro, aunque haga del amigo, nos mira con recelo, y hasta con aversion y odio los más de los Datos y Panditas que ven desmoronarse su imperio á proporcion que nosotros nos arraigamos, y que perderán su prestigio cuando sea conocida la ley y doctrina de Jesucristo. Mas así y todo no son tan temibles como muchos creen, porque están muy divididos entre sí, y todos temen cuando ven nuestra bandera; y unos porque temen, y otros porque les tiene cuenta, todos procuran estar bien con los españoles, y se alegran y honran mucho de que vayamos á sus casas y que ellos puedan subir á las nuestras. Sin embargo, no puede uno irse á aquellas costas y quedarse entre aquella gente, que no nos conoce, como vamos á los montes de los tirurayes, y entre quienes dormimos tranquilos. Es menester contar con quien nos guarde las espaldas y nos defienda de los moros, mientras adelantamos nosotros y nos metemos dentro de los montes á buscar los infieles; ¿pero ha de

ser tan costoso al Gobierno protegernos y ayudarnos en esta empresa? No tanto como á primera vista parece, porque con llevar á cabo lo que hace tiempo está dispuesto, esto es, establecer una estacion de Marina en Sarangani y poner un punto intermedio de escala entre aquella y Cottabato, conveniente para la Marina, nos bastaria para dar principio á estas reducciones. Estos dos puntos, que serian Glan en Sarangani y uno de los dos rios Cran como punto intermedio, donde nos instalaríamos al principio, nos abririan paso para las demás Misiones. Una vez conocidos los monteses, andariamos seguros entre ellos, y reunidos allá en sus montes, no se atreverian los moros con ellos. La lengua de estas razas, por lo menos del bilano, que pude examinar, es muy parecida á la de los tirurayes, y los moros de toda aquella parte hablan el moro del Rio-Grande ó del Maguindanao.

Al abogar yo por las reducciones de estas costas no pierdo de vista las alturas de Bohayan en este Rio-Grande, pobladas como aquellas de monteses. Si en Sarangani hubiese encontrado gente, moros ó monteses que me hubiesen enseñado el camino, hubiera vuelto con gusto á pié por aquellos bosques y llanuras hasta salir al Pulangui ó Rio-Grande. Todos se negaron á acompañarme por temor de los moros de la laguna de Buluan, y no sé tambien si de los de Uto. Segun dicen, este Uto, que domina por allá arriba, está dando siempre que hacer y creo que no tardará en hacerse necesaria una resolucion sobre él, estableciéndonos allá en sus inmediaciones. Esto seria lo más acertado y de mejor resultado, porque poniendo una buena guarnicion en un punto escogido de aquellas hermosas llanuras de Bohayan, podrian los nuestros conocer bien aquellos montes, campos y tierras accidentadas, y, en caso de venir á las armas, obrarian con más acierto y darian el golpe seguro. Al tomar el Gobierno la resolucion de ir á Bohayan podemos ofrecernos para ir nosotros tambien y dejar allí una Mision, y si es posible con un establecimiento al lado como el de Tamontaca, pues tengo para mí que daria muy buenos resultados.

Uno de los objetos del viaje de la *Animosa* y del *Manileño* á Sarangani era averiguar el paradero de dos cautivos cristianos, marineros de la goletilla *Nena* que quedaron en aquellas costas el año pasado, cautivos de los moros. Gracias á la actividad del Sr. Rivera y á las buenas relaciones del Sr. Angosto con los moros, pudieron averiguar su paradero con las noticias que adquirieron en los tres días que estuvimos en Glan. Estos días los aprovecharon los oficiales de la *Animosa* en sondar y levantar el plano de una gran parte de este puerto, que lo mismo que el de Lebak podrá servir de abrigo á los correos y demás buques que cruzan para Davao en tiempos duros del Nordeste y Sudoeste. Frente de Glan en la parte opuesta de la bahía que mira al Noroeste se ve en una colinita, á una altura de más de 300 metros sobre el nivel del mar, un objeto blanco que, segun relacion de los moros que lo han visto y tocado, es un gran tablobo. Mirado á más de 2 millas de distancia como yo lo ví, y á la simple vista, aparecen como de dos metros cuadrados sus dimensiones, lo cual hace verosímil lo que nos decian los moros, que la una concha está en parte enterrada y en ella se recogen las aguas de la llu-

via y tiene un depósito de agua donde beben; que forma con la otra como una cueva, donde dicen que pueden caber no sé cuántos hombres montados á caballo: será una gruta de piedra blanca. Volviendo á los cautivos, temiendo con razon que si se acercaban los buques de guerra al sitio donde estaban los internarian los moros ó les cortarían la cabeza, resolvió el Sr. Rivera dar la vuelta para Pollok y encomendar este asunto al sultan de Cottabato, que se esmera mucho en servir á los españoles en todo lo que puede. Propusieron pues el asunto al Sultan, quien lo tomó tan de veras que despachó en seguida una embarcacion con su gente con este encargo expresivo y lacónico: «Id á buscar á los dos cautivos cristianos á las costas de Kanipan (entre Lebak y Cran) y no pareis hasta encontrarlos; no volvais sin ellos, y si no os los entregan, traed la cabeza del Dato que los cautivó.» Con tan eficaces razones no podian menos de salir con la empresa. Hallaron que el uno habia muerto cuando el hambre que les afligió el año pasado, y vinieron con el otro que el Dato les entregó sin hacerse de rogar.

Me he alargado mucho por la abundancia de materia que ofrecen tan variadas y extensas regiones, y así no puedo por hoy dar noticias de Tamontaca y de los tirurayes que trabajan en la nueva iglesia de Siauán, y de los de Lebungan, á quienes he visitado estos dias, bautizando á una porcion de niños, oyendo algunas confesiones y dando varias instrucciones á bastante gente que ha acudido. Con los quefeduanes ó principales de ellos he tenido una larga conferencia y hemos acordado el sitio donde van á trasladar la capilla, pues conviene cambiar de sitio y quieren hacerla más capaz. A fines del pasado Febrero celebrámos seis matrimonios de los que teníamos en estos establecimientos de libertos y libertas, y nos vimos honrados con la asistencia del gobernador D. José Urbano, del jefe del regimiento señor Montaner, de su comandante y de los Sres. Vasco y Angosto, comandantes del *Arayat* y del *Manileño*, con otros españoles, siendo ellos los padrinos de los casados y sus señoras, aunque ausentes, las madrinas. Con ellos se ha dado otra puntada en la formacion de este nuevo pueblo de libertos, que seria de desear contase con más recursos para dar el ensanche conveniente á esta obra de rescate y formacion de niños y niñas libertas, que es la base de la verdadera conquista y reduccion de esta parte principal de Mindanao. Tenemos actualmente, despues de los que se han casado, 70 niños en este establecimiento y unas 45 niñas en el otro, á todos los cuales hay que mantener con 100 pesos mensuales que nos cedió V. R. del dinero de infieles (quitándoselo á éstos á quienes hace no poca falta), y con lo que ellos pueden ayudar con su trabajo. Mas este trabajo ¿á qué se reduce? De ellos son una docena aptos para trabajar, otras dos docenas ayudan un poco, y los demás están en estado de jugar y correr para crecer y hacerse aptos para dentro de algunos años. La manutencion fuera del *palay* que cosechamos, el vestido que destrozan con tanta facilidad, y las obras continuas para proporcionarles albergue decente, requieren más recursos de los que tenemos. Y además si no se hacen nuevos rescates, queda la obra encallada. Hubo quien decia que los que se casan auxiliarán al establecimiento, sin saber las condicio-

nes de esta gente, ni hacerse cargo de las circunstancias de los nuevos casados y nuevos cristianos, que se instalan aquí de nuevo; pues lo que han menester es que se les cuide y se les ayude y se les enseñe para llevar adelante la empresa hasta que el pueblo esté formado y ellos estén arraigados. Lo que puedo decir es que cuando empiezan á trabajar en el establecimiento viene la época de casarse, porque aquí se casan muy jóvenes, y entonces se les provee de casa y enseres, de un carabao y utensilios y aperos de labranza; además hemos de cuidar de su manutencion hasta que llega la primera cosecha, fruto de sus trabajos, que es á los 8 meses de salidos del establecimiento ó más tarde segun la época en que se casen.

Concluyo por fin rogándole que no deje de mirar por todos estos fieles é infieles, que son verdaderamente los que han menester un buen Samaritano que los cure y como á Tobías les abra los ojos del alma para que vean.

Jacinto Juanmarti, S. J.

NUEVA-NURSIA.

HISTORIA DE UNA COLONIA BENEDICTINA EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO VII.

Caza y pesca.

I. La vida del fiero habitante de los bosques austrálicos es una caza continua. Pero ésta varia segun la estacion y su clase.

Caza del kanguru.—El australiano parte para la caza del *kanguru* una hora despues de ponerse el sol, llevando en la mano tres ó cuatro *guichis* con el *miro*, y pendiendo de su ceñidor el *calé* y el *dawac*, lo mismo que el *coccio*. La mujer sigue á su marido, con su hijo más pequeño encima en una especie de bolsa, y sujeto á sus espaldas el saco de piel con todo el menaje. Trae en una mano el *uana* y en otra un tizon abrasado. Si hay varios hijos, marchan tras de su madre, por orden de edad y en hilera, como los *kangurus* y los cisnes negros. «Sin duda, dice un moderno viajero, esta costumbre proviene del temor á los reptiles peligrosos; y así juzgan que por donde ha pasado el primero pueden andar sin peligro los demás. Nunca se encuentra á muchos indígenas de frente, aunque sean muy numerosos. Cuando varias familias viajan juntas á través de las llanuras, vese una prolongada hilera negra moviéndose por sobre las altas yerbas como una dilatada serpiente.»

El indígena precede á su mujer ochenta ó cien pasos, y nada hay en la tierra ó en el aire, sobre los más elevados árboles, en los bosquecillos, en la llanura, en el agua de los lagos y estanques, y aún en las montañas, que escape á su ojo vigilante. Al menor ruido detiéndose súbitamente, inmóvil como una estatua de bronce. Los que le siguen échansé al suelo sin hacer el menor movimiento. Si el cazador divisa un *kanguru* se va arrastrando hasta ponerse al rastro, y luego adelanta de árbol en árbol mientras que el animal continúa paciendole tranquilamente; por último, levántase en frente de él, pero guardando tal inmovilidad que aquel le toma por el tronco de un árbol. Semejantes precauciones son necesarias, pues el *kanguru* es naturalmente desconfiado,

Apenas oye el más leve ruido siéntase sobre sus largas patas traseras observando á uno y otro lado para ver de dónde puede venir el peligro. No inspirándole temor alguno el salvaje, que se está quedo sin pestañear siquiera, prosigue ramoneando. Este es el momento oportuno para el cazador, quien blande el *guichi* con el *miro* y lo lanza contra su presa. Si el animal no queda herido mortalmente y hace accion de defenderse, el australiano le arroja otros dos ó tres *guichis*, y su mujer lo remata á golpes de *uana*. Cuando los cazadores son en gran número no toman tantas precauciones: incendian la parte del bosque en donde han percibido la caza, y la cogen entonces, por así decirlo, con la mano.

Algunos viajeros de imaginacion inventiva refieren que despues de herir con sus jabalinas al «hombre viejo,» nombre que los australianos dan al *kanguru*, le dicen, haciéndole un profundo saludo:

—Te hemos herido y vamos á comerte, pero no porque abriguemos odio contra tí; por el contrario, te queremos mucho, y sólo obligados por el hambre comeremos tu carne y chuparemos la medula de tus huesos. Por lo tanto, despues de tu muerte, no vengas á atormentarnos.

El Ilmo. Salvado, que ha vivido tanto tiempo entre los indígenas, nunca ha oido esos patéticos discursos, y nos persuadimos, como él, de que los salvajes, únicamente preocupados de la buena comida que van á hacer despues de un prolongado ayuno, no se entretienen en asuntos de elocuencia para hacerse perdonar por el *kanguru* su próximo sacrificio.

Muerto el animal, el australiano lo prepara para la comida de los suyos. Practica una incision circular á la extremidad de la cola, retirando sus nervios con los dientes y colocándolos en torno de los *guichis* para secarlos y servirse de ellos en tiempo oportuno. Quita en seguida los intestinos y la piel. Si el hambre aprieta mucho á la familia, el cazador corta la carne por cuartos y los coloca al fuego. Durante la coccion prepara con presteza las entrañas, que él y los suyos comen á dos carrillos, despues de pasarlas algunas veces por la llama. Al cabo de una hora, por poco numerosa que sea la familia, el *kanguru* ha desaparecido.

Cuando el cazador y su familia no están en ayunas, aderezan la caza con mayor cuidado. La mujer cava un grande hoyo ovalado, y en él enciende un fuego claro, mientras que su marido despoja el animal. Cuando en el hoyo sólo queda la brasa, quitanla en gran parte y la reemplazan por el *kanguru* recubierto de hojas y cenizas calientes, sobre las cuales mantienen un fuego suave que arde lentamente. Algunas horas despues retiran el animal, que es entonces un asado muy sabroso. La carne del *kanguru* tiene el mismo gusto que la del ciervo. El jugo que se ha amasado en la cavidad del estómago, provista de antemano de plantas aromáticas, es delicioso. En cuanto á las partes más delicadas de la bestia, que son la cola, la lengua, los sesos y los tuétanos, el australiano las mezcla con yerbas escogidas y las reserva para los festines solemnes, en que los ofrecen á los ancianos y á los invitados de distincion.

En la caza el australiano, más sabio que la garza real de la fábula, hace presa de todo animal, pequeño ó grande, que encuentra en su camino. Hasta los *kangu-*

rusarts, que apenas tienen la talla de un conejo, los toma como buena presa. Apenas percibe uno entre la maleza, dirigese hácia él con aire indiferente, y sin volverse siquiera lanza diestramente su *dawac* sobre el animal, que muere al primer golpe. Si el salvaje tiene perros, les hace perseguir la caza cuando no ha podido sorprenderla en su yacija: si la pobre bestia se refugia en un árbol hueco la aguijonea con su *guichi* ó pone fuego al árbol, en el cual la encuentra asada á punto para comerla.

Caza del opossum.—Esta caza tiene lugar por la noche, porque el *opossum*, que pertenece al género de los cuadrúpedos carnívoros, duerme de día en el hueco de los grandes árboles. Cuando un salvaje pasa durante el día cerca de un árbol en que sospecha se ha refugiado un *opossum*, observa atentamente sobre la corteza los vestigios del animal, y luego sopla sobre la tierra ligera próxima á la corteza: si es muy seca, el *opossum* ha salido; y si la tierra es fresca, el animal se encuentra en la yacija. Las huellas de las garras, segun que tengan la direccion hácia arriba ó hácia abajo, indican igualmente si el animal está en el árbol ó ha descendido. Asegurado, por último, de la presencia de aquel, el australiano sujeta su lanza á la espalda y con su hacha practica á un pié y medio de distancia una de otra tres cortaduras en el tronco del árbol. En la más elevada pone primero la mano derecha; en la más baja apoya el pié derecho, y el izquierdo en la intermedia, y con la mano izquierda que queda libre practica otra cortadura sobre de aquella en que tiene su diestra. En seguida, con el hacha en la boca, pone su mano izquierda en el último agujero, y tomando de nuevo el instrumento con la mano derecha practica otra cortadura. Entonces, volviendo el hacha á la boca, levántase sobre ambas manos, apoya el pié derecho en el agujero en donde tenia primeramente la mano derecha, y sube un escalon, pues son verdaderos escalones lo que practica en esos troncos, desprovistos de ramas hasta la altura de veinte ó treinta piés, y sobrado gruesos para que se le pueda dar la vuelta con los brazos. «Nada es más curioso, dice el viajero ya citado, que ver el cuerpo negro y flaco de ese cazador aéreo destacándose sobre el tronco blanco del *eucalyptus* de goma, tendidos todos los músculos, y sólo agarrado á la corteza por la extremidad de los miembros.»

Si el árbol en que se esconde el *opossum* es de ascension sumamente difícil, el salvaje sube á otro árbol próximo, y hácia el punto en que sus ramas se confunden pone un baston atravesado, y pasa atrevidamente sobre este improvisado puente. Humedeciendo entonces con un poco de saliva la extremidad abierta de su *guichi*, lo hunde en el hueco del árbol. Si al retirarlo ve pegados algunos filamentos de lana, queda atestiguada la presencia del *opossum*. Entonces, volviendo su arma, lo hiere y lo coge con el harpon. De esta manera descubre á veces y se apodera de una nidada de esos animales. Mas si el tronco del árbol es hueco hasta las raíces, el australiano hiere el tronco con su *coccio* á fin de reconocer por el sonido el lugar preciso en que se esconde el animal, y luego practica un agujero en el árbol y se apodera de su presa con la mano. Los australianos se dedican con preferencia á la caza del *opossum* en tiempo lluvioso, porque sus vestigios en los árboles son entonces



ALBUM MALGACHE.—Un auto de fe, el 15 de Setiembre de 1869, en las inmediaciones de Tananarive, segun un croquis del Rdo. P. Alfonso Taix, misionero de Madagascar. (Pág. 502).

más visibles. La caza durante la noche ofrece un espectáculo sumamente curioso. El animal aprovecha la claridad de la luna para salir á comer las hojas de los árboles. El salvaje, con un tizon encendido en la mano, examina uno á uno los *eucalyptus* y las acacias del bosque, y poco tarda en oír el *opossum* pasar de una á otra rama, aunque semejante ruido sea casi imperceptible para oídos europeos. Empieza la caza. El *opossum* huye ante su enemigo de rama en rama hasta la copa del árbol; pero el indígena es tan ágil como él, y con su larga lanza logra casi siempre herir la pobre bestia y hacerla caer al suelo, en donde la remacha su mujer con un golpe de *uana*.

Luego el salvaje lo abre, lo vacía, lo despoja de su lana, que guarda en reserva, y lo pone sobre carbones ardientes, de suerte que queda asado por todos lados á la vez, constituyendo entonces un plato que nadie desdeñaría, aún en los países más civilizados. El *opossum* tiene un ligero olor de azufre que desaparece al guisarlo. Respecto á la lana, las mujeres la aprovechan para cordoncitos, que trenzan con bastante destreza por medio de un instrumento de madera en forma de doble cruz: tales cordones, de mucha resistencia, los juntan por el mismo procedimiento, y forman, como ya dijimos, el ceñidor de los indígenas.

Caza del perro salvaje. — Esta caza es la menos acostumbrada. Sin embargo, cuando los australianos descubren uno de estos animales, todavía pequeños, se los llevan, los engrasan algún tiempo y los comen con mucho placer.

Caza del casobar. — El ave más grande de Australia, el casobar ó *emu*, es perseguido por los indígenas con no menos ardor que el *hanguru*. Esta especie de avestruz corre con tanta rapidez, que hace fácilmente quince millas en una hora. Así el salvaje, que lo apellida *parembang* (gran corredor), usa de una especie de estratagemas para sorprenderle. Así que le percibe, toma en su mano izquierda una rama de árbol cargada de hojas, la sacude ligeramente como si fuese agitada por un leve aire, y aproximase con toda suavidad, deteniéndose cada vez que el casobar dirige la vista hácia el lugar en que se encuentra. Llegado á conveniente distancia, arroja su *guichi* contra el ave gigantesca, que nunca queda tendida por el golpe, pero que huye desangrándose. Persíguele el cazador con estridentes gritos: «¡Au! ¡au! ¡au! ¡Cui! ¡cui! ¡cui!» Poco á poco el casobar disminuye su marcha, y acaba por caer exánime al suelo.

El feliz cazador apodérase entonces de las magníficas plumas que terminan la cola, á fin de hacerse adornos para los días de fiesta. Toma en seguida la grasa, que es un remedio eficacísimo para muchas enfermedades. Si no la absorbe completamente con glotonería, ni la pasa por todo su cuerpo para darse mayor elasticidad, enciérrela en su saco de piel para servirse de ella á la primera ocasión. El casobar es asado en las mismas condiciones que el *hanguru*, y su carne tiene la consistencia y el gusto de la del buey. Pesa de sesenta á ochenta libras, y cada uno de sus huevos vale veinte de los de nuestras gallinas domésticas. Los australianos, que los apetecen mucho, los hacen cocer á la brasa, abriendo primero la punta superior y con un palillo remueven sin cesar el contenido del huevo para que quede bien cocido en to-

das sus partes. Si el salvaje que descubre un nido de casobar advierte que los pequeños han salido de la cáscara, construye entre las malezas más próximas una cabaña de hojarasca, y en ella permanece acurrucado, si es necesario, un día entero. Su paciencia queda muy recompensada, pues sucede á veces que puede matar el macho, la hembra y los pequeñuelos, que son ya del tamaño de grandes pollos y casi tan sabrosos.

Caza del ánade, del papagayo, etc. — La caza del ánade y de otros volátiles difiere muy poco de la precedente. El indígena que ha descubierto en un estanque un vuelo de ánades se provee de la rama de hojas, y si el agua no es muy profunda entra en ella hasta el pecho, de lo contrario sigue lentamente la orilla. Llegado al alcance, descúbrese súbitamente y arroja con fuerza su *dawac* ó su *bomerang* en medio de los ánades, matando siempre un buen número. Para comerlos tiene cuidado, despues de haberlos asado exteriormente, de colocar algunos carbones ardientes en el estómago del ave, cuyo cocimiento es entonces perfecto. A propósito de esto puede decirse que el australiano, según frase de Brillat-Savarin, *ha nacido asador*, y que acerca este punto podría dar lecciones á los mejores cocineros.

Los papagayos, que van siempre en numerosas bandadas, no quedan mejor librados que los ánades. Cuando el indígena percibe una tropa de ellos se les aproxima de uno á otro árbol con muchas precauciones. Mas estas aves tienen centinelas vigilantes sobre las ramas más elevadas, y así que advierten la presencia de su enemigo vuelan hácia campo raso graznando despavoridas. En el momento en que todos los papagayos así advertidos levantan el vuelo como un torbellino, el salvaje adelántase corriendo para dar más fuerza á su *calé*, y lo arroja en medio de esa caza emplumada. En sus saltos irregulares el proyectil mata ó hiere á muchas aves, y al momento toda la tropa dando vueltas rodea á las víctimas, graznando con impotente furor. Sin conmoverse por sus chillidos el australiano derriba tantos papagayos como quiere y les despoja de sus más bellas plumas, reservando la carne para hacer un excelente caldo.

Los pequeños pájaros, innumerables en los bosques de Australia, son atraídos por otro medio. En tiempo de grandes calores, cuando el agua de los receptáculos naturales es cada vez más escasa, el indígena practica un hoyo que llena de agua limpia, y se esconde muy cerca entre matas ó bajo un monton de follaje. Los pájaros no tardan en acudir para satisfacer la sed. El primero que el cazador consigue coger, sin matarlo, le sirve para atraer los demás. Sujétalo por una pata á una rama próxima, y le excita á chillar para servirle de reclamo. Los pájaros acuden á bandadas, y al terminar el día el salvaje ha logrado muchas veces dar muerte á más de un centenar.

Respecto á las águilas y otras aves de presa, que ponen su nido en la horcadura de los grandes árboles, entre las ramas mayores, el australiano, así que advierte su presencia, arroja sobre ellas su *guichi*, y el arma, atravesando el nido, hiere por lo comun al ave que empollaba sus huevos, y si logra levantar el vuelo, un golpe de *calé* ó de *dawac* lo derriba casi siempre á los pies del cazador.

Las serpientes y los lagartos no son desdeñados cuando falta otro comestible más succulento. Así que el salvaje divisa alguno, corre en su persecucion y le mata antes que el animal haya podido meterse en su escondrijo. Despues de vaciarlo, lo asa á fuego lento y le despoja en seguida de su rugosa piel. Entonces aparece una carne blanca como la de la gallina y tan delicada como la de los mejores pescados. Sobre todo el lagarto, llamado por los colonos ingleses *iguana*, es un bocado exquisito.

Del autor de las *Aventuras de un viajero en Australia* tomamos el siguiente relato acerca la caza de las colmenas; pues es de saber que los salvajes de esa parte del mundo son tan golosos de la miel como los osos de Siberia: «El nativo Wollogong habia visto, en la parte elevada del bosque, multitud de abejas vagabundas que, perdida la cabeza en las corolas de azul y oro de las *banksias* y de las sensitivas, aspiraban el polén y saqueaban los estambres. Lanzando un grito de júbilo empezó á confeccionar con tallos de yerba una pequeña jaula parecida á la que los malos escolares construyen durante la clase con tapones y alfileres para aprisionar las moscas. Luego, cortando del tronco de un pino tierno un buen trozo de corteza humedecida con savia azucarada, ofreció «á las amigas de las flores» ese aparato, sobre el cual cayeron todas en pocos minutos. Cogiendo entonces, con destreza de manos de mujer una docena de aquellas *antófilas*, Wollogong encerrólas en su pequeña jaula, de donde, despues de retenerlas prisioneras durante más de una hora, dejó escapar una, la cual, gozosa por verse libre, partió rápida en direccion de su morada. Wollogong, que la seguia corriendo, pronto la perdió de vista, pero al instante dejó escapar una segunda, y despues una tercera, y de abeja en abeja, de kilómetro en kilómetro, llegó por fin á la sombra del *hoom-waga* «árbol-colmena», árbol lleno de miel que su apetito goloso apetece, y muy pronto quedó dueño de la ambrosia perfumada que destilaban sus flores.»

II. *Pesca*.—Los salvajes que habitan en las cercanías de Nueva-Nursia no se dedican habitualmente á la pesca, porque los lagos y riachuelos de la Australia occidental se encuentran á cierta distancia de esa localidad. Se contentan, cuando el calor ha disminuido el agua de los estanques y de los receptáculos naturales, con tomar algunos pequeños peces y ranas, asándolos luego. Pero los que viven cerca del mar saben tejer, con los filamentos de ciertas plantas, redes bastante grandes y muy sólidas que les sirven para capturar los peces. A veces pescan en el rio de los Cisnes, en el que entran una decena juntos *guichi* en mano. Formando un círculo que estrechan paulatinamente, encierran en él cierta cantidad de peces, que hieren certeramente con sus lanzas, á una profundidad á veces de tres piés. Por la noche se proveen de antorchas que atraen los peces al alcance de sus armas.

La pesca de las anguilas, en las lagunas, es tambien familiar á los australianos. «Figuraos, dice el Sr. de Castella, con un ardiente sol, bajo el cielo pardo y blanco de los dias de verano de los paises cálidos, ocho ó diez salvajes de luciente piel y de un tono negro cobrizo que rompe sobre todos los tonos algo monótonos de la naturaleza. De pié en el agua hasta la cintura ó sola-

mente hasta media pierna, tienen en cada mano una lanza con la cual tantean el fondo del líquido, balanceándose y acompasando sus movimientos segun la medida perfectamente marcada de uno de sus cantos. Cuando han atravesado una anguila, lo que conocen por el movimiento que hace revolviéndose, la hieren con la segunda lanza por otra parte, y la arrojan á tierra, á un compañero que las corta la cabeza. De esta manera logran cogerlas en cantidades verdaderamente prodigiosas. Esas pobres gentes no tienen cazuelas para prepararse la comida: colocan su caza ó su pesca sobre las brasas recubiertas con un poco de ceniza, y la comen cuando está asada. No desuellan los pequeños cuadrúpedos, que asan de esta manera primitiva; solo les quitan el pelo con gran cuidado, y el animal queda asado en su jugo, lo que hace su piel tierna como la de un odre lleno. La comida así preparada es muy repugnante á la vista, pero succulenta para comer, mientras... no se sea meticuloso.»

Entre los salvajes sólo las mujeres se dedican á la pesca de las ranas, de los crustáceos, de las murenas ó salamandras que, en los ardientes meses de Diciembre y Enero, se meten en los lechos lodosos de los riachuelos secos hasta encontrar alguna humedad. Cubiertas sólo del enorme saco de juncos que debe encerrar su botín, tendidos sus largos y espesos cabellos sobre la espalda, el rostro y el pecho para evitar los efectos de un sol tropical y las dolorosas picaduras de los mosquitos, entran hasta más arriba de las rodillas en los receptáculos y se apoderan, lanzando gritos de júbilo, de las tortugas, anguilas, ranas y otros animalejos que sus piés ó manos encuentran, y no es raro que al regresar de la pesca lleven á sus familias ocho ó nueve libras de tales anfibios.

CRÓNICA.

Roma.—En sus últimas reuniones la sagrada Congregacion de la Propaganda ha tomado los siguientes acuerdos aprobados y confirmados despues por Leon XIII:

El Rdo. P. Masucci, de Castignano, Menor Reformado y prefecto apostólico de su Orden en Constantinopla, ha sido nombrado obispo de Syra en el Archipiélago.

El Ilmo. Miguel-Agustin Corrigan, obispo de Newark (Estados-Unidos), ha sido nombrado coadjutor con futura sucesion del cardinal Mac-Closkey, arzobispo de Nueva-York. El antedicho Prelado dejará la Silla de Newark y tomará un título de arzobispo *in partibus*.

El Rdo. Santiago Cleary, párroco de Dungarvan, diócesis de Waterford (Irlanda), ha sido nombrado obispo de Kingston en el Canadá.

Las dos Misiones de los lagos Nyanza y Tanganika en el África ecuatorial han sido erigidas en provicariatos apostólicos.

El obispado de Chicago en los Estados-Unidos ha sido erigido en arzobispado; siendo elegido para la nueva archidiócesis el Ilmo. Patricio Feehan, obispo de Nashville.

Se ha erigido en Kansas-City una nueva diócesis sufragánea de San Luis.

Las Sillas episcopales de Alton y de Peoria han sido declaradas sufragáneas de la archidiócesis de Chicago.

En la India se ha fundado el nuevo vicariato apostólico del Punjab, confiado al Ilmo. Tosi, capuchino y vicario apostólico de Patna, con residencia en Lahore, reemplazándole en Patna el Rdo. P. Pedro Pablo, su vicario general.

Armenia.—Dicen de Trebisonda con fecha 9 de Setiembre:

«Al terminar el mes pasado el Sr. D. Rodolfo Wohl, miembro de la secta episcopal de Londres, desembarcó aquí con 32 cajas llenas de libros y un material completo de imprenta, etc. Este clérigo an-

glicano ha partido hacia Van á fin de preparar el camino á varios de sus correligionarios que deben llegar en breve y dirigirse á la Armenia y la Caldea. La mision de estos señores tiene por objeto *convertir* á todos los nestorianos. El Sr. Wohl ha obtenido en Constantinopla cartas de recomendacion del patriarca de los armenios separados, pero éstos no hacen el menor caso de él, y aún, por el expresado motivo, están no poco indispuestos con su patriarca. Por otro lado hay guerra abierta entre los *misioneros* protestantes, americanos y anglicanos. Por el amor de Dios, vengan pronto sacerdotes católicos. Cada día que pasa nos hace perder terreno, y será muy difícil reconquistarlo.»

Pondichery (Indostan).—El Rdo. Fourcade, uno de los más celosos misioneros de Pondichery, que vive en medio de una poblacion infeliz de 7,000 cristianos casi todos bautizados por él en los cinco años últimos, comunica las siguientes aflictivas noticias de aquella Mision:

«*Allad'by, fiesta de Pascua de 1880.*—Vivo en la cárcel, de mi casa se entiende. No me atrevo á salir. Hoy asistia á la Misa un concurso extraordinario, y despues de ella se han quedado multitud de ancianos, mujeres y niños. Despues de los bautismos les he dicho que no tenia más *cachas* (1) que repartirles, y me han contestado que sufrían hambre y no tenían fuerzas para volverse.

«—Bien quisiera socorremos, hijos míos, pero os repito que nada tengo.

«—No digais eso, Padre; buscad bien, y veréis como encontrais algo!

«Despues de hablar con ellos largo rato, he entrado en mi casa pensando que se irían, pero siendo ya de noche continuaban sin moverse. Hace ocho días escribí al Ilmo. Laouënan pidiéndole subsidios, pero nada he recibido aún.

«*7 de Mayo.*—Estamos en pleno hambre. En seis meses no ha llovido; el calor es insoportable, la tierra está abrasada y ya no se encuentra yerbas que comer!

«Esta mañana la iglesia estaba más llena que de costumbre. Despues de la misa me han asediado un centenar de famélicos. Cuento mi dinero, y me hallo con solas 8 rupias, sin saber cuándo recibiré más. Elijo de entre la multitud los más flacos y extenuados, y les doy un sueldo á cada uno, viéndome obligado á decir á los demás que nada me resta para socorrerles. Pero esos infelices no pueden consentir en alejarse, y no me permiten dar un paso cada vez que salgo. Despues de dar leccion á mis 50 catecúmenos encuentro mi casa rodeada de una multitud que crece por momentos. ¿Qué haré? Si agoto lo que hoy me he reservado, nada podré distribuir mañana.

«He comprado al fiado tela por valor de 23 rupias para vestir á cierto número de personas. He dado ya con que cubrir su desnudez á 500 neófitos, y me falta todavía hacer lo mismo con 2,000.

«Apenas han acabado de partir todos, se me presenta una mujer que se habia mantenido oculta. Siendo de casta noble, habia tenido vergüenza de mendigar en presencia de los demás. Pideme llorando diez ó doce sueldos, y me dice que tiene cuatro hijos todos hinchados á fuerza de privaciones. Viene en seguida á mis piés otra madre con cinco pequeñuelos que se mueren de hambre: mi corazon no puede resistir, y les doy tambien algun socorro.

«Toda la mañana no cese de exclamar:—¡Señor! me habeis dado, y doy: dadme más, y daré.

«Creo era san Odon quien llamaba á los pobres *porteros del paraíso*. Conviene, pues, que nos captemos su amistad en la tierra para que nos abran más tarde las puertas del cielo. Abiertas las tendrán sin duda las almas generosas que socorrieron á nuestros cristianos en la última época de hambre (2) y que no los olvidarán, así lo espero, en esta nueva calamitosa época.

«*8 de Mayo, fiesta de la aparicion de san Miguel.*—Póngome bajo la proteccion del glorioso Arcángel. Despues de la misa se repiten las escenas de los días precedentes. ¡Terrible cosa es el hambre!

«Llega de Anangur una tropa de hambrientos que han caminado cinco leguas y caen de inanicion. Les doy todo lo que puedo. Les pregunto si saben orar, y dos mujeres me responden:

«—Hemos estado enfermos de la fiebre seis meses, y nada ha conservado nuestra memoria!

«El Ilmo. Laouënan me envió hace ocho días un socorro de 100 rupias (224 pesetas próximamente), y nada me queda.

«*9 de Mayo.*—Hoy han acudido mayor número de hambrientos que en los días anteriores, y mis recursos están del todo agotados.

(1) La *cacha* vale un céntimo.

(2) V. *Pondichery*, pág. 187.

Les expongo mi situacion, y la mayor parte de aquellos desgraciados se retiran. A las tres de la tarde permanecen todavía á mi puerta gran número de ellos tendidos en tierra y casi sin fuerza para levantarse. Una idea me acude: tengo pistachos para hacer aceite: se los distribuyo, y todos se van royéndolos.

«Acabo de enviar un recado á un rico pagano de la vecindad rogándole me preste 20 rupias. Si acoge bien mi peticion, estoy salvado para tres días. ¿Y despues?... Despues, á la voluntad de Dios!»

Cochinchina septentrional (Anam).—Escriben de Saigon lo siguiente: «El 11 de Abril pasado la inauguracion de nuestra hermosa catedral motivó una fiesta espléndida. El 24 de Agosto una ceremonia más augusta debia atraer una multitud no menos numerosa: me refiero á la consagracion del Rdo. Maria-Antonio-Luis Caspar, misionero de Saigon, nombrado por el Soberano Pontífice obispo de Canatha *in partibus infidelium* y vicario apostólico de la Cochinchina septentrional.

«Nacido en Obernai (departamento del Bajo-Rhin), entró en 1862 en el Seminario de las Misiones extranjerías de París. Ordenado presbítero en 1865, fué enviado á la Mision de Saigon. Durante esos quince años ha sido sucesivamente profesor del Seminario-colegio y director de una pequeña comunidad de jóvenes anamitas destinados á ser impresores, catequistas y maestros de escuela en el campo.

«Asistieron al nuevo elegido el Ilmo. Garnier, obispo de Eucarpia y vicario apostólico de la Malasia, de residencia en Singapore, y el Ilmo. Galibert, obispo de Enos, vicario apostólico de la Cochinchina oriental.

«Fijóse la ceremonia para el 24 de Agosto, fiesta del apóstol san Bartolomé, con asistencia de sesenta misioneros europeos y presbíteros indígenas. A las siete de la mañana un inmenso gentío habia invadido las tres naves de la iglesia. El Ilmo. Colombert, obispo de Samosata, nuestro vicario apostólico, y los dos Prelados asistentes, hicieron su solemne entrada en el coro, revestidos de pontifical, y comenzaron desde luego los majestuosos ritos de la consagracion, terminando á las nueve y cuarto. En el momento de la entronizacion, cuando el consagrante hubo entonado el *Te Deum*, las seis campanas del grandioso templo unieron sus voces de triunfo y de alegría al cántico de accion de gracias.

«A las cinco y media de la tarde una solemnisima funcion en obsequio del Santísimo Sacramento, presidida por el nuevo Prelado, reunia otra vez al clero y fieles, terminando de este modo tan hermoso y memorable día.»

Marruecos.—De Tánger escriben á un periódico lo siguiente:

«En ésta se ha efectuado la ceremonia de colocar la primera piedra del nuevo templo que á expensas del Gobierno español se está edificando. De antemano se habia engalanado el sitio destinado para la iglesia con gallardetes y banderas españolas, que pendian de los extremos de un gran toldo que cubria casi todo el local: en su extremo aparecia un pabellon compuesto de banderas que artísticamente colocadas dejan ver sus tres escudos españoles y bajo el cual aparecia una mesa sobre la que seria colocada la piedra que se habia de bendecir: á su entrada se notaban á uno y otro lado dos banderas españolas, y en la fachada de la misma multitud de gallardetes y banderas, que colocados airoosamente y concluyendo todo el aparato en forma de ángulo, ofrecia un golpe de vista agradable. Tambien se veia adornada toda la casa de los Padres Misioneros, y sobre todo la entrada ó puerta principal, que adornada con un pabellon y ostentando en el centro las armas de España, ofrecia un conjunto sorprendente. Como puede figurarse, esto llamaba la atencion de todo el mundo que, indagando la causa de fiesta tanta, todos se afanaban por presenciar una ceremonia que habia de causar una grata sorpresa en el ánimo de los concurrentes.

«Afluian al sitio de la ceremonia multitud de personas; aumeutandó la concurrencia cuando principiaron á repicar las campanas como preludio de la fiesta. A los pocos momentos el Sr. Diosdado, jefe de la Legacion española en ésta, acompañado de todo el personal de la misma, del mayor y demás tripulacion de la goleta de guerra española *Ligera*, surta en este puerto, se personaron en la entrada del convento, de donde habia de salir la procesion para proceder á la bendicion de la piedra y su colocacion en el lugar destinado. Todas las azoteas contiguas estaban llenas de gente y la calle llena de multitud apiñada, que con ansia esperaban lo que nunca se habia presenciado en ésta.

«Salió la procesion precedida de la cruz parroquial, seguida del M. R. P. Fr. José Lerchundi, prefecto de las Misiones, revestido con

capa; de los religiosos que componen la Comunidad del convento de Tángier; de seis á ocho niños revestidos con sotanas encarnadas, y presidiendo el acto el Sr. Diosdado con todo el acompañamiento referido, abriendo el paso dos filas de soldados marinos que se extendían desde el convento hasta el sitio donde había de tener lugar la función: al entrar en él la procesion y ver el precioso golpe de vista que se destacaba de todo el conjunto, sobresaliendo el traje de los niños, y al considerar que tal función tenía lugar en un país de infieles, el corazón latía conmovido de alegría. Dentro del local se veían en punto destinado las familias respectivas de los empleados españoles: en otro los niños y niñas de las escuelas católicas que están á cargo de los Padres Misioneros, y en lo restante multitud de personas de ambos sexos.

«Se dió principio á la función recitando el Padre Superior y cantando los niños y demás religiosos las preces de costumbre, propias de este acto, las que terminadas el señor ministro en compañía del citado Superior hicieron la ceremonia de la colocación de la piedra, que contenía un pergamino y varias monedas españolas, echando con un

palustre alguna mezcla, concluyendo la función con una oración recitada por el Padre Superior. Esto, como se ve, aunque poco, ha sido de gran interés y satisfacción para los católicos y sobre todo de admiración para todo indígena.»

Puerto-Príncipe (Haiti).—El arzobispo Sr. Guilloux ha obtenido de la Santa Sede un obispo auxiliar que le ayude á administrar las tres diócesis de Puerto-Príncipe, de los Cayes y de los Gonaives que le están confiadas. En el Consistorio de 20 de Agosto último Leon XIII nombró obispo de Hierápolis *in partibus* y auxiliar del ilustrísimo Guilloux al Rdo. Leon Belonino, párroco de Moncontour (Costas del Norte) y canónigo honorario de la catedral de Saint-Brieuc. El nuevo Prelado nació en 1824.

Filipinas.—El P. Pablo Pastells, de la Compañía de Jesús, escribe desde Caraga el 11 de Abril de 1880:

«En uno de sus más bellos pensamientos decía Aparisi que la limosna bien hecha acá en el suelo era letra de primera de cambio pa-



ALBUM MALGACHE.—Fundacion de una cristiandad en Ambuhidova el 14 de Noviembre de 1869, segun un croquis del Rdo. P. Alfonso Taix. (Pág. 502).

gadera á la vista allá en el cielo. Apoyado en la misma idea, añado que un trapo súcio dado con buena intencion para un pobre de Mindanao es papel moneda, ó mejor, es título de grandeza de primera clase para el cielo.

«Mil parabienes por lo tanto á los hijos beneméritos de la Iglesia que se han despojado de sus propios vestidos para cubrir al desnudo y dar de comer al hambriento. ¡Cuántas victimas se han arrancado á la miseria y aún al crimen con semejantes desprendimientos!... Dios solo lo sabe. Hoy mismo, por no sacar el agua de más lejano manantial, he podido detener una cadena innumerable de asesinatos entre dos rancherías con sólo una pieza de guingon.

«Cuarenta ó cincuenta asesinos habían ya circunvalado por dos veces seis casas habitadas por unos cincuenta individuos... En casa los tengo, desarmados ya y amigos. Los balaraos que tengo en mi aposento son de acero, y sus dos filos parecen navajas de afeitar. Iban á exterminarse de veras. Se han firmado las paces en mi presencia, sosteniendo respectivamente los dos jefes promovedores del desorden las extremidades de un bejuco que partió el capitán de la ranchería, pro-

nunciando con toda solemnidad estas palabras: «Así como yo parto «con el cuchillo este bejuco, así reviente el primero de vosotros que «rompa esta alianza.» Terminado lo cual les junté las manos y se abrazaron como amigos inseparables. Les di un racimo de plátanos y algunos cocos de la huerta, y fuéron á cenar juntos al tribunal. En este momento en que escribo los he despachado despues de repartirles agujas, botones y otro racimo de plátanos. ¿Quién, pues, dará por mal empleados los cinco pesos que cuesta una pieza de ropa, sabiendo que con ella se han economizado al crimen numerosas victimas?

«¡Rara coincidencia, terrible y consoladora asociacion de ideas!... Hoy cumple el primer aniversario de la muerte de mi buena y tierna madre. Mi anciano padre y mis queridos hermanos me la notificaron al instante... Yo, que dejé á mis padres y hermanos, hallo ahora en Filipinas el cien doblado. Mis hermanos son millares de pobres salvajes que pueblan estos bosques vírgenes de Mindanao, y mis padres son... los que han sustentado y vestido con sus limosnas á mis hermanos. ¡Dios se lo pague!!!...»

ALBUM MALGACHE.

IV.

UN AUTO DE FE.

En Setiembre de 1869, Ranavolamanjaka, reina de Madagascar, hizo echar al fuego todos los talismanes reales que sus antepasados habian convertido en instrumentos de gobierno; despues de lo cual ordenó á todo el pueblo que la imitase, haciendo un auto de fe con todos los objetos fetiches de su antiguo culto para no reconocer más que á Jesucristo. Al efecto fijó los días del mes en que cada distrito debia celebrar esta pública y solemne reunion.

El 15 de Setiembre un misionero asistió cerca de Tananarive á la de un distrito que contaba 3,000 hombres aptos para las armas, sin contar la poblacion esclava.

La multitud ocupaba las alturas de un anfiteatro natural. El misionero se colocó al lado del delegado de la Reina y de los oficiales en un sitio algo elevado, teniendo á sus piés un recinto rodeado de una barrera. En medio de este recinto echaron primero una lluvia de granos ó perlas empleadas en el *sikidy* (echar la buena-ventura) y consultadas en casi todas las circunstancias de la vida. Llególes despues el turno á los *samphy* (talismanes), pedacitos de madera cuidadosamente encerrados en cofrecitos. Atribuíanles el poder de preservar del fuego, de las balas enemigas, de las enfermedades y de toda mala suerte. Como esos talismanes podian ser contados, establecióse un orden á fin de asegurarse de que todos habian sido entregados. Presentábanse los guardias á medida que era llamado su barrio, y cada cual abria el cofrecito mostrando, antes de echarlo al recinto, el pedazo de madera ennegrecida por el tiempo. En este solo distrito fueron los *samphy* en número de 300.

Reunidos ya los objetos condenados al fuego, el misionero y los oficiales traspasaron la barrera, tomaronlos en sus manos y los examinaron. Despues hicieron de todo un monton, y el representante de la Reina, volviendo á ocupar la tribuna, dió gloria á Dios y homenaje á su Soberana. Despues pegó fuego á aquellos últimos restos de muchos siglos de supersticion, y la asamblea no se disolvió hasta que todo quedó reducido á cenizas.

Tal es la escena que representa nuestro grabado de la pág. 497, segun cróquis del Rdo. P. Alfonso Taix, de la Compañía de Jesús. A lo lejos percibese Tananarive, vista por la parte Sudoeste.

V.

FUNDACION DE UNA CRISTIANDAD EN AMBUHIDOVA.

En 1868 Tananarive contaba ya cuatro iglesias católicas; pero la evangelizacion de las campiñas que rodean la capital no comenzó hasta Setiembre del mismo año.

No tardó en celebrarse en Ambuhidova un bautismo general de niños y luego despues otro de ancianos. En fin, el 14 de Noviembre de 1869 era fijado para la inauguracion de la cristiandad con el bautismo del señor del lugar y de otras nueve personas de edad ya madura.

La música de la Mision de Tananarive habia hecho 36 kilómetros de camino para hacer más solemne esta fiesta, á la cual concurrieron numerosísimos cristianos. Necesitábase, pues, un lugar más vasto que el de la pequeña capilla, y se escogió la plaza del pueblo. El mi-

sionero levantó en ella un altar al lado de la casa señorial. A falta de cortinajes valiósse de esteras y ramaje y de una porcion de Imágenes sobre tela. (Pág 501).

Terminada la ceremonia, el misionero se trasladó con casi toda la asamblea á Suavinarivu, distante 8 kilómetros para inaugurar el mismo dia una segunda cristiandad con el bautismo del señor y de once de los suyos.

LUZON.

MEMORIA SOBRE LA REDUCCION DE LAS TRIBUS INFIELES.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO II.

BASE NECESARIA PARA CIMENTAR LAS MISIONES EN LOS LLANOS.

Trátase de leños toscos que hay que descortezar, destastar y pulimentar dándoles una forma vistosa y elegante; trátase de bravos toros de la selva que hay que amansar, ponerles el yugo que rechazan, acostumbrándolos á arar, tirar del carro y trabajar, como Dios manda, para que encuentren que comer; trátase de plantas parásitas que, viviendo á su manera especialísima del singular jugo de sus costumbres brutales de los montes, hay que aclimatarlas en el llano, asimilándolas poco á poco á la vida y costumbres de los naturales cristianos. Trátase, en fin, de la reunion de los igorotes en lugares desiertos, en donde, si se han de amoldar á la vida civil y cristiana que se pretende, se hace preciso é indispensable tengan medios para subsistir. Más claro: trátase de formar verdaderas colonias de ellos, no contando más que con sus cuerpos ó brazos, no acostumbrados á los trabajos de los cristianos. La dificultad es, pues, doble y triple para el misionero, porque antes de cristianizar á los igorotes se hace preciso existan en la Mision; y no pueden existir en ella si no tienen las cosas más necesarias para la vida, y éstas no las pueden conseguir si no se hacen sementeras, las cuales requieren presas, canales y otros trabajos de consideracion. Asimismo se necesitan caminos, casas, escuelas, iglesia ó capilla y otras mil cosas de que carece un pueblo en formacion. Con los igorotes solos no hay que contar en los principios, pues son incapaces de toda cosa de provecho, mientras no entren en vereda y en costumbres por la imitacion. Lo tengo muy probado, y muy á costa mia, por los afanes, inquietudes, gastos y otros trabajos indecibles que pasé, al intentar la formacion de mi colonia de esta Mision en los desiertos de Ibung.

Y ¿cómo habia de conseguir nada de provecho, pobre de mí, no contando más que con mi buena voluntad y un reducido estipendio? Viendo yo lo imposible que era se fundase la Mision con tan pobres elementos, traté de llevar á ésta naturales ilocanos, no tantos que, por su número, su administracion espiritual distrajesen mi atencion preferente hácia los igorotes, ni tan pocos que no fuesen un apoyo eficaz para éstos. Conseguí, pues, lo que buscaba con ochenta familias que de aquellos laboriosos naturales se radicaron en la Mision; con ellos tiene ésta una base sólida y cimiento firmísimo. Sus trabajos comunales ó personales, bien aprovechados, la dan vida en lo mucho que hay que hacer en un pueblo de nueva creacion; en ellos encuentro brazos para labrar las nuevas sementerae que se hacen á costa de la

ELEMÉRIDES.

Casa-Mision, por el pronto, mientras los igorotes aprenden y se acostumbran á manejar el arado. Con ellos, en fin, é imitándolos, van poco á poco amoldándose los igorotes á la vida social de los cristianos.

Quede, por lo tanto, sentado, y créaseme porque lo tengo visto, que, para establecer una Mision cualquiera en los llanos ó desiertos, es absolutamente indispensable la base de un grupo de poblacion de antiguos cristianos; quede tambien establecido que puesta esta base, queda asegurada la marcha y aumento progresivo de los igorotes, con sólo el aliciente de las ventajas que encuentran en la Mision, y que no hallan en los montes. ¿Y con cuánta mayor razon se conseguirá la reduccion de las tribus de estas partes, reuniéndolas en puntos convenientes de los llanos, si el superior Gobierno la fomenta, obligando del modo posible á los infieles á abandonar sus montañas?

En cuanto al número de familias que debe tener este grupo, ha de calcularse mirando al fin á que se destina. A los principios, basta que forme una ó dos cabecerías de *barangay* (1); y conforme vayan creciendo las agrupaciones de igorotes puede y conviene se aumente hasta cuatro ó cinco cabecerías. Pero si pasa de este número, especialmente si llega á formar de por sí un pueblo regular de antiguos cristianos, ocuparía necesariamente la principal atencion del misionero; en cuyo caso quedaria casi abandonada la especial vigilancia que exige la verdadera y eficaz transformacion de los igorotes en cristianos y dóciles súbditos. Ya no podria tasarse el tiempo de esta transformacion, á no ser que hubiese dos misioneros, uno para la administracion de los antiguos cristianos, y otro para los igorotes. Son muy diferentes y casi incompatibles estas atenciones entre sí, á no ser que se hagan las cosas de muy mala manera. Por lo tanto, suponiendo un pueblo cristiano en posicion ventajosa y cerca de alguna tribu infiel, se podrian conseguir muy grandes resultados de ésta, cuidando de ella nada más que un misionero, y teniendo el otro bajo su inspeccion los antiguos cristianos. Pero lo más comun es que los pueblos estén en desventajas posiciones al efecto; ya por su distancia, ya por tener ocupado el terreno. Lo más natural, por consiguiente, es formar las Misiones en territorios llanos, próximos á las comarcas de igorotes que se quieran reducir con sola la base propuesta.

Puedo hablar tambien de esta materia por experiencia, y decir que de ningun modo conviene que este grupo de cristianos de las Misiones esté considerado como barrio sujeto al pueblo más cercano, por las muchas cuestiones que surgirian, dada la diversidad de tendencias entre los cristianos del pueblo matriz y los de la Mision; cuestiones en que pagarian siempre los más débiles, todo lo cual redundaria en perjuicio de ella. Puesto que este grupo está en la Mision para favorecer los intereses de la misma, es de mucha importancia se conserve independiente de todo otro pueblo particular, estando sujeto únicamente al jefe de la provincia respectiva, teniendo además para su gobierno inmediato un teniente absoluto, segun existe en algunas poblaciones que no tienen número suficiente para formar pueblo civil completo.

(1) Cabecería de *barangay* es un grupo compuesto de unas cincuenta familias sujetas inmediatamente á un individuo caracterizado que llaman cabeza de *barangay*.

15 NOVIEMBRE 1551. — *Entrevista de san Francisco Javier y del daimio de Bungo (Japon).*

El daimio, que habia oido hablar de Javier, deseaba ardientemente verle, y le escribió una carta enviándole una embajada para suplicarle que fuera á visitarle á Fucheo, punto de su residencia.

«Los portugueses, que el comercio atraía á aquellos puntos, sabiendo cuánto desdeñaban los japoneses la pobreza, tomaron á pecho el convencerles en esta ocasion de que si los predicadores del Evangelio no estaban rodeados del fausto que afectaban los ministros de los dioses del Japon, no era porque les obligase á ello la pobreza, sino por el desprecio que hacian de los bienes y honores de este mundo... El humilde misionero alegó además el ejemplo de los Apóstoles y el del mismo jefe del Colegio apostólico, que por la humildad de la cruz habia triunfado de todo el orgullo romano; pero le replicaron que convenia combatir todo pretexto á la repugnancia que su pobreza encontraba en espiritus entregados á las seducciones del lujo; que convenia mostrar á los idólatras el brillo de que los católicos rodean á sus sacerdotes; lo cual seria un medio para hacerles respetar su persona, y hacer más eficaz su predicacion por los honores de que se colmaba al predicador. En vista de esto y haciendo violencia á su humildad, consintió Javier en ponerse una sotana nueva, un sobrepelliz y una estola de terciopelo verde guarnecida de brocado de oro, y presentarse en público precedido de una música militar. Eduardo de Gama, comandante de un buque portugués, precedia con la cabeza descubierta al apóstol del Japon, como para indicar el respeto que se merecia. Treinta portugueses de distincion, vestidos con ricos trajes de seda y cargados de pedrería, cerraban el cortejo. Pero en medio de todo aquel aparato, los ojos de la multitud se fijaban en el hombre apostólico en torno del cual cinco europeos llevaban en una boisa de raso azul el libro de los Evangelios, una caña de bengala cargada de oro, unas pantuflas de terciopelo negro, un cuadro de la santísima Virgen, y un quitasol de madera preciosa, adornado de pinturas indias, que todavía se conserva en Roma en la casa del *Gesu*.

«Al llegar frente al palacio la guardia del daimio abrió filas para dejarles libre el paso, y aproximándose entonces á Javier los cinco portugueses, despues de saludarle respetuosamente, le presentaron la caña de Bengala y las pantuflas de terciopelo, y extendieron el quitasol sobre su cabeza, colocándose á sus lados los que llevaban los Evangelios y la imagen de la Virgen (1).»

«Entraron, refiere Buhurs, en la antecámara del rey, donde esperaban al Santo los principales señores del reino, y despues de haber sido recibidos por ellos de una manera muy digna, fueron introducidos en un salon donde brillaba el oro por todas partes. El rey dió cinco ó seis pasos al aparecer el Padre, y se inclinó luego tres veces hasta el suelo, con gran asombro de los presentes.

«Javier se prosternó ante él y quiso besarle el pié, segun costumbre del país; mas no sólo no se lo permitió, si que se apresuró á levantarle, cogiéndole de la mano y haciéndole sentar á su lado. El rey dirigió al Padre las más halagüeñas frases, y desprendiéndose del orgullo de la majestad real, lo cual nunca hacen en público los reyes del Japon, le trató familiarmente como á su particular amigo.

«El Padre contestó á las bondades del príncipe con palabras llenas de respeto y de sumision; despues de lo cual, aprovechando la ocasion para anunciarle á Jesucristo, explicó en breves frases las principales máximas de la moral cristiana, de una manera tan plausible, que el rey exclamó al final de su discurso, en un transporte de admiracion:

«— ¡Quién podrá nunca descubrir ese profundo secreto de Dios! ¿por qué ha permitido que nosotros viviésemos en las tinieblas, y que ese bonzo portugués viese de tal modo la luz? Porque nosotros mismos somos testigos de lo que hemos oido decir, y todo cuanto expone se apoya en pruebas tan poderosas, tan claras y conformes á la luz natural, que cualquiera que quiera examinarlas segun las reglas del buen sentido, encuentra la verdad en todas sus partes, sin que una proposicion destruya la otra. No sucede así con nuestros bonzos, que no pueden hacer un discurso sin contradecirse á cada paso, resultando de aquí que cuanto más hablan más se enredan, confusos en su conciencia, más confusos en la explicacion de lo que enseñan, rechazando hoy como falso lo que aprobaban ayer como verdadero,

(1) *Historia general de las Misiones católicas*, etc., por Henrion; tomo I, pág. 480.

desdiciéndose y retractándose á cada instante, de modo que el espíritu más claro y más sutil no puede comprender nada en su doctrina, y cuando se trata de la salvación nunca se sabe con certeza lo que se debe creer. Señal manifiesta de que no obedecen sino á su capricho y que no tienen por regla y por fundamento de su creencia ninguna verdad sólida é inmutable.

«...El Príncipe y el Santo continuaron su conversacion sobre diversos artículos de la Religión hasta la hora de comer, en que el Príncipe invitó á Javier á que le acompañara en la mesa; y aunque se excusó por todos los medios imaginables, no quiso aquel admitir excusa alguna, diciéndole:

«—Yo bien sé, amigo y padre mio, que no teneis necesidad de mi mesa; pero si fuérais japonés, como yo, sabriais que un rey no puede dar mayor prueba de amistad á los que aprecia, que convidándoles á comer con él, por cuya razon, apreciándoos y queriendo atestiguaroslo, es preciso que comais conmigo, en lo cual me creeré ser yo el más honrado.

«Javier entonces se inclinó profundamente, besó la cimitarra del rey, segun la práctica del Japon, en señal de reverencia, y le dijo:

«—Ruego de todo corazon al Señor del cielo que reconozca por mi tanto favor, concediéndolo á Vuestra Majestad la luz de la fe y las virtudes del Cristianismo, á fin de que sirva á Dios fielmente durante su vida y goce eternamente de ella despues de su muerte.

«El Rey le abrazó y rogó á Dios que escuchase las súplicas del Santo, á condicion de que les reuniese en el cielo para siempre, sin que se separasen nunca para poder hablar largo tiempo y profundamente de las cosas divinas (1).»

«El Santo confundió en conferencias públicas á los bonzos, que por motivos de interés buscaban interponerle obstáculos por todos los medios, y convirtió á algunos de ellos. Sus predicaciones y sus conversaciones particulares conmovieron al pueblo, que fué en tropel á pedirle el Bautismo. El mismo *daimio*, convencido de la verdad del Cristianismo, renunció á vergonzosos extravíos de conducta; pero la voz de las pasiones tuvo aún bastante influencia para retardar su conversion; si bien, recordando más adelante las palabras del Santo, rompió su impura cadena y recibió el sacramento de la regeneracion (2).



ILMO. JUAN HADJIAN, arzobispo de Cesarea.

NECROLOGIA.

Cesarea (Asia Menor).—El día 18 de Mayo á las tres de la madrugada murió el Ilmo. Juan Hadjian, arzobispo armenio de Cesarea. Había nacido en Pirkinik, cerca de Sivas (Sebaste) en 1802. Durante la gran persecucion de 1827, cuando la comunidad armenio-católica de Constantinopla fué dispersada y desterrada al interior del Asia, el Rdo. Hadjian, entonces simple misionero, asistía disfrazado de cocinero á las familias deportadas á Cesarea. Para que no le reconocieran los agentes de la autoridad turca y del patriarcado gregoriano, celebraba misa antes del alba en casa de una de las familias desterradas, dirigíase luego al bazar para proveer de comestibles, y trabajaba de cocinero lo restante del día.

Dios quiso que este lugar de destierro se trocase, en 1850, en Sede arzobispal del celoso misionero.

(1) *La vida de san Francisco Javier, de la Compañía de Jesús, apóstol de las Indias y del Japon.*—París, 1682.

(2) *Historia general de las Misiones católicas*, pág. 481.

Cuando la nacion armenio-católica hubo sacudido el yugo del patriarca gregoriano, el Rdo. Hadjian volvió á Kayseri, no ya en traje de cocinero sino en el de sacerdote; predicó allí con toda libertad y logró formar una pequeña comunidad en aquella memorable poblacion. El buen ejemplo dado por las familias armenio-católicas deportadas á Kayseri y por el Ilmo. Hadjian habia echado el primer germen de la fe en la Iglesia gregoriana, germen que el celo del predicador y del obispo hizo más tarde que se desarrollara y diese sus naturales frutos.

Alto-Zambese (Africa austral).—Esta naciente Mision ha ofrecido á Dios una primera víctima por la salvacion de los negros: el P. Carlos Fuchs, muerto en Tati el 28 de Enero de este año.

El P. Salvador Blanca, que se habia quedado en Tati con el Padre Fuchs y el H. Paravicini mientras el P. Depelchin se dirigia á Gubulawayo, escribía el 18 de Marzo una carta en la que encontramos interesantes pormenores sobre el prematuro fin del joven misionero.

«Era el 23 de Enero, dice, cuando el P. Fuchs cayó enfermo, y el H. Paravicini hacia muchos días que guardaba cama. Solo para asistir

á mis dos compañeros, me encontraba en difficilísima situacion. El estado del P. Fuchs se agravó tan rápidamente que el 27 por la noche debí administrarle los últimos Sacramentos. Algunas horas despues mi estimado compañero entraba enagonia, y á la una y veinte minutos de la mañana se dormía en el Señor.

«No queriendo inhumar sus mortales despojos sin un ataúd á causa de las bestias salvajes que lo hubieran desenterrado, y no pudiendo procurarme los materiales necesarios, escogí algunas cajas de mis bagajes. Las tablas, ajustadas con gran trabajo, compusieron una especie de ataúd en la que deposité el cuerpo. Dos cafres me ayudaron en tan tristes preparativos. El 29 á medio día le dimos sepultura. Cuatro bueyes uncidos á uno de nuestros carros de viaje, el *Loyola*, condujeron los restos del P. Fuchs al campo del reposo. Yo seguía el féretro, acompañado de un joven católico y tres protestantes. Llegados al cementerio, situado á orillas del río, bendije la fosa abierta en la misma línea pero á cierta distancia de las demas tumbas. Terminada la ceremonia, plante una cruz sobre el montoncillo funerario.»

El P. Fuchs, nacido en Colonia el 13 de Mayo de 1839, pertenecía á una respetable familia de esos países del Rhin que han permanecido tan fieles á la Iglesia. Su padre es consejero de cancilleria, y su hermano diputado en el Landtag prusiano. Despues de terminar sus estudios en el gran seminario de su ciudad natal, entró en el noviciado de la Compañía de Jesús, en Paderborn, el 30 de Setiembre de 1865. Entregóse al servicio de las tropas y de las ambulancias durante la guerra franco-alemana. Obligado á expatriarse á consecuencia de las tiránicas leyes de Mayo, el P. Fuchs permaneció algun tiempo en Holanda, despues en el colegio de Mongré (diócesis de Lyon) y en el de Aix en Provenza, y al saber la creacion de la Mision del Alto-Zambese pidió con muchas instancias se le admitiese en la expedicion. Las privaciones y las fatigas del trayecto de Shostuoug á Tati habian puesto en ruda prueba su salud ya fuertemente quebrantada por la travesía, y en la última parte del viaje sus fuerzas se habian debilitado considerablemente.